CARLOMAGNO

POR

MIGUEL DE FERDINANDY

PRIMERA PARTE

1

De la Invasión de los Bárbaros resultaron en Europa Occidental tres grandes reinos: el franco en las Galias, el visigodo en Hispania y el longobardo en Italia. La situación geográfica de los dos últimos encerraba un peligro constante. El emperador romano de Oriente, el *basileus* bizantino, intentaba siempre de nuevo reconquistar sus territorios, pues habían sido una vez provincias del antiguo Imperio Romano y, como países mediterráneos en su totalidad, todavía eran asequibles para él. Apenas había disminuido este peligro por las grandes tensiones internas y amenazas externas que sufría el Imperio Romano Oriental, cuando apareció en el Sur el Islam. La Península Ibérica estuvo en su poder durante mucho tiempo; Italia quedo entre tanto dividida: sobre su suelo disputaban longobardos y Papado, sarracenos y Bizancio, además de un cierto número de principados menores —que actuaban como independientes y que paulatinamente llegaron a serlo realmente—. El reino franco quedó relativamente apartado de este campo de batalla. Las Galias, donde ahora habían fundado su país los francos germanos —un pueblo fuerte y con talento político— tenían una sola costa al Mediterráneo, mientras que sus regiones septentrionales penetraban considerablemente en la zona forestal germana. Este país era ya desde hacía tiempo una tierra culta de primera clase, incorporado una vez por César al Imperio y puesto así al alcance de la latinidad, y desarrollado ahora por los francos hasta constituir la más poderosa unidad política del Occidente de entonces.

La capacidad política de una sociedad que vive todavía en las formas arcaicas, tanto del pensamiento como de la estructura externa está en gran medida condicionada por la estirpe que ejerce poder sobre ella. Y éste era el caso en el antiguo Reino de los Francos. Cuando en el 639, con el rey Dagoberto I, murió el último merovingio enérgico, todo cayó en el desorden y la indecisión. Casi medio siglo duraron

las luchas internas, motines de palacio y guerras civiles, hasta que empezó finalmente a asomar la esperanza de un nuevo equilibrio. Naturalmente, esta esperanza está ligada a la aparición de una nueva dinastía que, sin embargo, tendrá que cubrir un largo y escarpado camino hasta poder establecerse como tal.

Pues la vieja dinastía todavía vive; representa aún el poder real. Y aunque se había debilitado tanto, la idea del Reino Franco estaba aún completamente ligada a ella en la imaginación de todos los súbditos. Toda sociedad de vinculación tradicional ha creído en la predestinación mágica del linaje de sus príncipes («reino carismático»). Un rey merovingio era precisamente el representante de la sangre del fundador del reino, Clodoveo, y del semilegendario antepasado Merov, y, por tanto, difícilmente suprimible. Cualquier intento de sustituirlo debía parecerle al pueblo como una sacrílega usurpación. Para evitar esto, se pedirá ayuda al Papa como la mayor autoridad espiritual del Occidente de entonces. Su poderosa palabra debía sancionar el cambio. Y aun así, sólo podrá llevarse a cabo ciento diez años después de la muerte de Dagoberto. Hasta entonces, la cabeza reinante de la nueva dinastía tendrá que conformarse con el modesto título de *major domus* de la corte real.

Los comienzos de la nueva dinastía se hallan ligados a este título. Un *major domus* era un tipo de guardián principal de la casa Merovingia, más tarde conde palatino, que en la corte real, obrando como *totum fac*, conforme a sus funciones debía ser informado sobre todo cuanto sucedía. La progresiva decadencia de la dinastía original lo iba colocando, ya como primer ministro, cada vez más en primer plano. El Reino Franco se encontraba demasiado a menudo dividido en dos partes. En cada una de estas partes había reinado un rey merovingio; y al lado de cada uno de estos reyes surgió su mayordomo. Estos mayordomos se hicieron rivales y se atacaron con las armas, igual que antes lo hicieran los miembros de la dinastía cuando todavía reinaban de verdad, lanzándose unos contra otros en sangrientas discordias fratricidas.

Un golpe de estado del mayordomo Grimaldo (656-661), que era hijo de otro mayordomo, Pipino el Mayor, para suprimir la dinastía y apoderarse de la corona para dársela a su propio hijo, fue todavía prematuro. Grimaldo dio a su hijo un nombre merovingio: Aildeberto. Apremió entonces al estéril rey Sigberto III, exigiéndole que adoptara a su hijo. El carisma de los Merovingios se habría así hecho extensivo también a su hijo y su casa se habría asimilado, por así decir, a la familia real. La oposición de la nobleza destruyó el plan. A pesar de todo, la siguiente generación de mayordomos puso de nuevo manos

a la obra. De las feroces luchas surgió Pipino el Mediano. En 687 consiguió apartar a todos los rivales de su casa y proclamarse *major domus* único de todo el reino. Astutamente, permitió todavía un simulacro de rey sobre sí, siendo en realidad él el amo y señor. Su «derecho» al rango de mayordomo dejó ya de ser combatido. Las luchas por el poder que todavía siguieron ya sólo fueron disputas internas dentro de su propia casa, la de los Carolingios.

A pesar de que murieron en edad adulta sus dos hijos legítimos, a pesar de que le sucedió un nieto menor de edad, y en su nombre su mujer, Plectrudis, políticamente inexperta aunque impulsada por grandes ambiciones políticas, a pesar de todo ello, el fuerte afán de dominio latente en esta familia ya no pudo ser detenido. Carlos, más tarde llamado Martell, el martillo, hijo de Pipino y de una concubina suya, huyó de la prisión en que lo había puesto Plectrudis, venció a los partidarios de ésta, apareció ante París y se apoderó del título de su padre.

Sólo ahora comenzó el ámbito de los acontecimientos a tomar proporciones de importancia histórica mundial. En el 732, cerca de Poitiers, Carlos rechazó para siempre, con el primer ejército feudal de la Edad Media —que, surgido en circunstancias sagazmente comprendidas por Carlos, fue en gran medida su creación propia—, el ataque islámico a Europa Occidental. Pactó a continuación con Liutprando, el rey longobardo de Italia, basándose en parte en la situación común de peligro frente a los invasores del Sur, y lo que no le resultó a su antepasado con los Merovingios, llega a ser realidad ahora por medio del rey longobardo: Liutprando adoptó al hijo de Carlos, Pipino el Menor. De esta forma, una vinculación de sangre real, aunque no merovingia, pasó a formar parte de la herencia carolingia.

Roma y Bizancio también entraron ahora en la esfera de influencia del mayordomo franco. Se estaba fraguando un preludio cuyo verdadero significado se centraba todavía en un futuro lejano.

De pronto quedaron vivamente marcadas las semilatentes, pero por eso mismo muy profundas, contradicciones entre las dos mitades del mundo cristiano, cuando en el año 726 el emperador León III desencadenó la iconoclasia. Surgió a consecuencia de esto la gran lucha por la imagen, en que se abrió por primera vez en toda su profundidad el abismo entre el Oriente y el Occidente cristianos para no volver a cerrarse nunca más.

Esta lucha sólo nos interesa aquí desde el punto de vista de la oposición Oriente-Occidente.

Toda juventud, toda protohistoria bárbara o semibárbara se ciñe preferentemente a lo plástico-figurativo, pues todavía piensa única-

mente en imágenes. Esta tendencia, el placer espontáneo en lo figurativo, es precisamente más comprensible para aquel que lleva en sí todavía mucho de lo informe. Un mundo viejo y ya muy formado —que ya es acorde con sus formas y que de cierto modo abandona el lenguaje simbólico del pensamiento arcaico—, un mundo tal puede soportar prescindir de la imagen, no contemplar una figura anhelada, con más facilidad que la juventud, que la edad precoz, que todavía se abandona a lo caótico La juventud amorfa, la edad prematura que lucha por la forma, encierran en sí todavía la posibilidad de cualquier figura. La imagen que se encuentra en el exterior, pero que también puede imponer un fuerte sello a lo interior-amorfo, es una fuerza ordenadora. Fue por esto por lo que el Occidente no comprendió en absoluto las profundas causas políticas, religiosas y sociales del movimiento iconoclasta en Oriente. Ni siquiera intentó comprenderlo. Para él se trataba únicamente de la imagen hallada que ahora peligraba otra vez, la imagen a través de la cual su joven religiosidad lograba la forma, y su tanteo interior en busca de un sentido palpable quedaba satisfecho; y no estaba dispuesto a que se lo arrebataran de nuevo tan fácilmente.

Como Bizancio había emprendido oficialmente la iconoclasia en Oriente, Roma, como cabeza espiritual del Occidente en formación, tenía que dirigir la oposición del Oeste. Pero el Papa Gregorio II, careciendo de todo apoyo político, pronto se vio asediado por el exarca bizantino de Rávena y por su aliado, el rey longobardo. El exarca forzó las puertas de la Ciudad Eterna. Se obtuvo una paz, aunque en las más duras condiciones. A pesar de todo, Gregorio III, el sucesor de Gregorio II, no cedió en la cuestión de las imágenes. Una vez más apareció ante Roma el rey Liutprando: otra vez se perdieron bienes y ciudades papales, como bajo Gregorio II. Sólo ahora se dirigió el Papa a Carlos Martell. El poderoso *major domus,* que en aquel entonces era el primero de su casa que reinaba sin tener ningún simulacro de rey sobre él y llevando el título de *princeps,* respondió amable y complacido al mensaje del Papa, aunque por lo pronto evadió toda alianza y participación concreta en la política italiana. Pues Liutprando era su aliado, padre adoptivo de su hijo y heredero, y Carlos no podía prescindir de su ayuda en el Sur de su reino contra los aún posibles ataques por parte del Islam. El Papa tuvo que ponerse de acuerdo una vez más con los longobardos y aceptar las grandes pérdidas de su poderío territorial (739).

El emperador iconoclasta murió al año siguiente. Muy de cerca le siguieron Carlos Martell y Gregorio III; en el 744 murió también

el rey longobardo, y con la desaparición de este último de los protagonistas, la muerte dejó caer el telón sobre este preludio lleno de presagios de la historia occidental.

2

Tras la muerte de Carlos, también su sucesor Pipino se vio obligado —como el mismo Carlos— a eliminar a los demás miembros de su casa. A pesar de que necesitase para ello catorce años, sus hermanos ya sólo representaban para él una molestia y no un verdadero peligro. Ya en el 741 derrotó a Grifo, uno de los hijos ilegítimos de su padre, que después de muchas aventuras fue asesinado en un monasterio de Aquitania. Con Carlomán era más difícil hacer lo mismo, pues era su co-regente legítimo. Pero éste —*incertum quibus de causis*, como dice Eginhard— prefirió el *otium* al reinado, y en el 747 fue a Roma para tomar los hábitos. Le atraía la soledad del Monte Soracte. Es éste un monte largo y estrecho, que como una isla se levanta solitario en la llanura al norte de Roma; es rico en lúgubres y fantásticos recuerdos desde la antigüedad, *nam dis manibus consecratus est*. El dios de Soracte antiguamente había sido un dios de la muerte; al parecer, la peste pertenecía a su ámbito, y se le ofrecían ceremonias expiatorias. Sus sacerdotes se llamaban a sí mismos «lobos», y en la montaña se veía la abertura de una caverna, donde desaparecían los lobos. Todavía no satisfecho con estos signos siniestros, Plinio cuenta sobre un manantial mortífero que se hallaba en la falda del monte Soracte. De él manaba un *spiritus lethalis:* los pájaros que volaban sobre él caían muertos. ¿Qué había movido a un hombre, que era tanto como rey de un gran reino, a retirarse a este yermo? Allí, sobre las ruinas del templo del *Soranus Pater*, el dios de Soracte fundó una iglesia y un monasterio en honor a San Silvestre. Porque durante el siglo v d. C. se asoció al viejo monte una peculiar leyenda: el emperador Constantino Magno, un ferviente perseguidor de los cristianos tenía la lepra. Los sacerdotes capitolinos le habían aconsejado que para curarse se bañase en la sangre de niños pequeños, pero él se dejó conmover por las madres de los escogidos para el sacrificio y no les hizo daño. Tuvo entonces un sueño en el que dos santos —por supuesto, éstos eran los apóstoles Pedro y Pablo— se le aparecieron y le recomendaron al jefe espiritual de los cristianos por él perseguidos, a Silvestre. Por aquel entonces, éste permanecía escondido en las cuevas del monte Soracte. Obedeciendo la llamada del emperador, abandonó las cuevas y le curó. Trajo también algunas imágenes consigo para persuadirlo. A través

de estas imágenes comprendió el emperador quiénes eran las dos figuras de su sueño. Esta narración del *Actus Sylvestri* pasó a formar parte del texto, probablemente redactado en el siglo VIII, de la llamada Donación de Constantino. Por el hincapié que se da también aquí al tema de las imágenes, se puede quizá deducir que la leyenda no fue incluida por casualidad en este documento político y que fue usada como argumento sobre la conversión del emperador de los romanos, en una época en que el problema de la imagen era de máximo interés. Quizá coincida cronológicamente la fundación en el monte Soracte hecha por el hermano —regente fracasado— del mayordomo franco con la recopilación de esta Donación hecha por la curia papal, y ésta antecede en algunos años a la decisión del Papa a favor de Pipino en la sucesión franca. Son los años decisivos para todo el Occidente. Tanto la fundación como la Donación, en las que se considera la leyenda de Silvestre, realzan la figura del *sacerdote,* que en la tradición constituía una de las personas de un orden dual, de un orden en que —en el sentido de la teoría de los dos poderes del Papa Gelasio I— el segundo lugar le corresponde al emperador Constantino. ¿Habían contado ya los recopiladores de la Donación, en su verdaderamente asombrosa previsión, con la posibilidad del surgimiento de una nueva «autoridad imperial» —la expresión es del rey Pipino— e intentado de antemano prevenirse contra ella colocando al Papa como *christianae religionis caput?...* ¿O es la gran falsificación —como lo supone algún investigador— sólo un producto de los años inmediatamente posteriores a la primera coronación imperial de Occidente?

Porque el documento contiene realmente todo aquello que un Papa en el siglo VIII podía desear y aún más. Después de su milagrosa curación —cuenta la Donación—, Constantino llama a sus sátrapas y deciden honrar al Papa a partir de entonces. Se confirma su supremacía sobre todas las iglesias, y particularmente sobre los obispos de Antioquía, Alejandría, Jerusalén y *Bizancio.* El emperador obsequia entonces a todas las iglesias principales de Roma con ricos bienes. A partir de este momento, todas las ciudades de Italia y de todo el Occidente serán adjudicadas a la Sede romana. Queda así también aclarada la situación legal de la Pentápolis, la región del exarca de Rávena, que el longobardo había arrebatado recientemente al emperador de Oriente, que sin embargo el Papa hubiese preferido tener bajo su propia administración, aunque todavía era legalmente suelo bizantino. Además, la Donación concede al Papa la corona imperial y la púrpura real; el emperador en persona le presta el servicio de caballerizo. El Papa se transforma en una especie de «emperador supremo», aunque no se consideraron todavía todas las posibles consecuencias de esta

nueva perspectiva. Pero sí había una consecuencia de esto que ya se había confirmado en la práctica en los tiempos de Constantino: Constantinopla había llegado a ser la Ciudad Imperial. ¿Por qué? Puesto que Italia, precisamente a consecuencia de esta Donación, pertenecería en el futuro al Papa, Constantino había salido sumiso de Roma, pues donde reina el vicario de Cristo no puede gobernar ningún rey mundano.

Parecía más que necesario explicitar esto —a través de la autoridad consagrada del gran Constantino—, puesto que, por otra parte, había que llamar al gobernante del estado militarmente más poderoso de Occidente para defender a Italia del poder longobardo, que ejercía cada vez más presión.

Por lo tanto, el Papa Zacarías respondió con un sí definitivo a la pregunta que le hiciera Pipino. Esta le fue traída, en el 751, por dos altos representantes de la política franca. Parecía sencilla, casi ingenua, aunque su contenido iba a producir un cambio en la historia: «Que los reyes en el reino franco no ejerzan ningún verdadero poder real, ¿es esto bueno o no?» «Y el Papa Zacarías mandó decir a Pipino —continúan diciendo los *Annales Regni Francorum*— que es mejor apostrofar de rey al que posea el poder, que no a quel que se haya quedado sin poder real; y para mantener el orden dispuso mediante la autoridad apostólica que se hiciera rey a Pipino.» Así, la idea romano-eclesiástica de la idoneidad se impuso a la idea carismática del linaje real basada en el antiguo derecho de sangre. La concepción del reinado como función se halla representada por autoridades como San Agustín y San Isidoro. *Non autem regit, qui non corrigit* —será la conclusión de este último—. Un sínodo en Toledo había declarado ya hacía cien años: «No es su persona, sino los derechos, los que hacen al rey.» Y parecía lógico que un reino cristiano, incorporado a la orden de la Salud, basase en última instancia la legitimidad para esta función en la elección divina, y no que «pusiese el orden en peligro» a través de la ciega casualidad de la sucesión hereditaria.

Esta frase entre comillas resulta singularmente ambigua en el texto de los *Annales*. Puede aplicarse a la segunda mitad de la oración, y entonces significa: Pipino debe ser rey para mantener el orden. Pero si se aplica a la primera mitad de la oración, el significado se transforma de la siguiente manera: Si ya no aclamáis como rey a aquel que se ha quedado *(manebat)* sin el poder, *ut non conturberetur ordo*. En este caso, la formulación tiene en cuenta también la concepción del derecho sanguíneo, pues la herencia aparece como la ciega casualidad «que pone en peligro el orden» de una sucesión que ya ha perdido su sentido, cuando el rey «se queda» sin *potestas*, es decir, cuan-

do el carisma asegurado por la descendencia divina del linaje real se extingue en los sucesores. Si esto es así, entonces quedará libre el camino para otro, elegido de Dios y consagrado por sus obispos.

Y es así cómo pensaba la aristocracia dirigente del reino franco. Por consiguiente, Pipino fue aclamado rey, y, junto con su esposa Berta (Berhtrada), recibió la consagración real. La consagración, como tratamiento sagrado definitivo en el procedimiento de establecer un rey, fue tomado —naturalmente— del reino israelita: a través de ella se reviven recuerdos del Antiguo Testamento. Pipino —el rey sin antepasados reales— es un tipo de *novus Moyses* o *novus David*, y los Papas se complacen en llamarlo así desde entonces. A veces se ven a sí mismos en el papel de Samuel, de cuya *auctoritas* dependía el derecho de los reyes a reinar. Se abren aquí posibilidades de un papel mítico... Se ha opinado ya que incluso en la deposición del último Merovingio resonaba una especie de recuerdo mítico, «aunque bajo una forma diferente». El destronamiento del pobre Hilderico III debía considerarse como un «sacrificio real germánico», sólo que en vez de asesinar al último simulacro de rey, sencillamente le fueron cortados sus rizos, y en vez de enterrarlo, fue enviado a un convento (O. Höfler).

Esta forma de «muerte suavizada» le estaba reservada también al hermano del nuevo rey y a los hijos de aquél. El destino de Carlomán muestra por primera vez en la estructura familiar de los carolingios esa «forma» específica, ese fin peculiar que a partir de entonces se repetirá muy a menudo. Carlomán, el joven gobernante, abandonó repentina e inesperadamente, sin causa justificada, las delicias del mundo; sin embargo, los hábitos no le proporcionaron el *otium* deseado. Llevado de Roma a Monte Soracte, de allí a Monte Cassino, volvió —de nuevo repentina e inesperadamente, sin razones que lo justificaran— al reino de los francos, al lado de su hermano que entonces ya era rey, como un sonámbulo que quisiera conjurar su destino y el de sus allegados.

Por aquella época, también el Papa Esteban II —otra vez amenazado por los longobardos, esta vez por el rey Aistulfo— se hallaba en el palacio real franco. Cuando llegó, Pipino mandó a su encuentro «a unas cien millas» a su hijo Carlos, que entonces contaba unos doce años de edad —y esta es la primera mención de Carlomagno en la historia—. Cuando hubo llegado Esteban, el rey —según la ordenanza de la Donación de Constantino— le prestó personalmente el servicio de caballerizo. «Los dos poderes» se mostraron en este primer momento totalmente acordes. El Papa encontró al poderoso protector político que hacía tanto tiempo buscaba; y el rey halló la autoridad que estaba

llamada a legitimizar sus acciones. Al instante se dispuso a negociar sobre Italia con sus grandes: había que intervenir, que quebrantar la fuerza de los longobardos; al Papa debía proporcionársele un «Patrimonium» bajo protección franca, un estado pontificio, al que él defendería engalanado con el venerable título de algunos antiguos reyes germanos que habían mandado también sobre Italia, incluso sobre Roma, con el título de *patricius romanus*...

En este momento reapareció Carlomán.

¿Había ya entonces influido Esteban sobre Pipino por medio de la Donación de Constantino? Lo que se sabe con certeza es únicamente que el rey —como ya habíamos mencionado— llevó su caballo, como si fuese su caballerizo. ¿Se habían ganado quizá los longobardos a Carlomán para que dijese algo en su favor a su poderoso hermano? ¿O se había él enterado en Italia, y como monje, del verdadero origen de la Donación? ¿O estaban dirigidos sus planes hacia un retorno a las delicias del mundo que ahora poseía Pipino y que también quería retener? Lo único seguro es tan sólo que Carlomán quiso hacer desistir a su hermano de la empresa italiana. Este, sin embargo, ya había fraguado sus planes y no estaba dispuesto a salirse de ellos. En el ámbito de las capas dirigentes de la aristocracia también venció el partido que abogaba por una intervención en Italia. Además, la actitud de Carlomán en contra de un ataque a Italia debía resultar muy molesta también para el Papa, pues éste anhelaba un próximo retorno a Roma. Por tanto, se llevó a cabo con Carlomán y sus hijos la misma «muerte suavizada» que había servido para quitar de en medio al último rey merovingio. Pipino mandó capturar a su hermano y lo recluyó en un monasterio, donde murió, ya en el 754. Sus hijos fueron rapados y desaparecieron en las profundidades de unos seguros monasterios, igual que el rey Hilderico. Cuando, más tarde, Pipino, ya en Italia, fue consagrado una vez más junto con sus hijos, y esta vez por el Papa personalmente, y con el título añadido de *patricius romanus*, mandó suprimir de la sucesión real a los descendientes de Carlomán. Podían haber sido reyes, como los hijos de Pipino, y en vez de esto les tocó en suerte el impotente destino de un Hilderico. No así, Pipino, que a partir de este momento era *monarca* de los francos.

3

En el 768 murió el rey Pipino. Sus hijos, Carlos y Carlomán, le sucedieron en el trono franco, y una vez más se pusieron en tela de juicio todas las conquistas políticas de los Papas, pues la viuda del rey, Berhtrada, muy influyente sobre sus dos hijos, insistía en una recon-

ciliación en todos los frentes. Quería reconciliar a sus hijos entre ellos, a los francos con los longobardos, a los bávaros con los francos, e incluso a los longobardos con el Papa. De este deseo excesivo de paz resurgieron con fuerza aún mayor todas las contradicciones, que aunque ya podían disimularse, todavía no podían borrarse.

Sin embargo, en un primer momento pareció tener éxito. Sus hijos —Carlos tenía entonces veintiséis años y Carlomán algunos menos— rompieron con la política de hostilidad hacia los longobardos practicada por su padre y comenzaron, siguiendo la tradición de su abuelo, a seguir una política de amistad con ellos.

Carlos debía contraer matrimonio con la hija del rey longobardo Desiderio; con éste mismo llegó a tener Carlomán una estrecha amistad, y, después de su temprana muerte, su viuda y sus hijos incluso habrían de ser los huéspedes de la corte de Pavía.

El Papa —que era entonces Esteban III— vería entre asustado y sorprendido este cambio. Escribió a los dos hermanos gobernantes que los longobardos «son una nación repugnante, a la que ni siquiera se puede incluir con los demás pueblos y en la cual se originan, sin lugar a dudas, los leprosos». Gran torpeza papal, si se piensa que uno de los que recibiría esta carta era entonces novio de una longobarda. Pero Dios es justo: muy pronto el Papa se vio obligado —puesto que Carlos no se inmutaba y menos aún se preparaba para la guerra— a hacer un pacto con el rey de la «nación repugnante», que otra vez ejercía sobre él una fuerte presión. La carta también erró su propósito en otro sentido: a pesar de todo, la princesa longobarda llegó a ser reina de los francos.

La actitud de Carlos no debe sorprendernos. Fácilmente se reconoce en ella la conocida y nada extraña actitud del joven y talentoso monarca que se encuentra reducido a segundo lugar por su igualmente enérgico e inteligente padre, y que ahora, llegado su momento, quiere indicar su oposición a la herencia paterna; en este afán están unidos madre e hijo. No podemos pasar por alto el hecho de que toda la familia haya intentado librarse de la pesadilla que suponía la voluntad del difunto. Ambos reyes tratan incluso de reinar en armonía, en honor a Berhtrada.

Aquí, sin embargo, Berta fracasa en su intento. Lo que ella quiere no es, ni mucho menos, un nuevo orden de las cosas, sino todo lo contrario: la madre quiere que rija sobre sus hijos y su reino *una ley más antigua:* la convivencia amistosa de lo franco y lo longobardo, la división del reino entre los hijos reales según el mismo sistema de los tiempos merovingios y principios de los carolingios. Pero el advenedizo Pipino, su marido, había soldado el reino franco en una *nueva*

unidad orgánica. Este organismo estaba en pleno crecimiento y desarrollo cuando murió su creador. Un afán de consolidación es innato a tales organismos: no soportan ninguna división, pues ello significaría, en esta etapa del desarrollo, una mutilación.

Surgió una tensión entre ambas mitades del reino, y, lo que es lo mismo, entre los dos reales hermanos, tensión que de día en día crecía en intensidad y significado. Incluso entre Carlos y su madre surgió la discordia: el joven rey repudió a su esposa longobarda, a la que *illa suadente* llevó a su casa. La disensión y la discordia nacieron de donde Berta había sembrado la paz.

Su nombre, antiguo ya en la familia —lo llevaba su abuela—, tiene resonancias fatídicas. Todavía en el 1555 —el año de la muerte de doña Juana de Castilla, otra reina madre, antepasada de fatales recuerdos— un tardío poeta del Alto Alemán Medio adivinaba en el nombre de Berhtrada una conexión entre su «papel» histórico y un camino mítico, en cierto modo trazado en su mismo nombre. Berhtrada, la madre de Carlomagno, no es sólo «la flor del rey y la hija de la flor blanca». En su nombre se esconde también el de la dama Berchta: Perchte, Perahta, una «resplandeciente», como Phoibé, «la vieja antepasada de las generaciones», «el ama de casa hilandera», la hilandera que está relacionada con las diosas del destino: aún reaparecerá bajo la representación más tardía de una «mujer blanca» en la mitología familiar de algún linaje real (J. Grimm).

Como origen del destino, como antepasada, pertenece a tiempos antiguos. La expresión *au temps que la reine Berthe filai* indica un pasado remoto. Entonces estaba ella sentada con «el gran pie de la hilandera aplastadora», *Berthe mit dem fuoze, Berthe au grand pied: la reine Pédauque*. Asimismo se hallaba ella todavía en los comienzos: una gran diosa, relacionada tanto con la madre tierra como con aquella Afrodita arcaica que la antigüedad veneraba como «la más antigua de las Moiras».

La restauración de la «antigua ley», la de la madre, llegó a ser el cometido de la viuda del rey cuando, a consecuencia de la muerte de su marido, se relajó de repente la estructura de la «nueva ley». Este momento en la evolución de la historia corresponde, en la tradición heroica de los griegos, a la partida de Agamemnon hacia Troya, por la cual Clitemnestra puede reaparecer una vez más como Βασιλη, como reina gobernante *. A un Egisto le dominaría, pero un Orestes probaría su superioridad sobre ella. El nuevo orden del hijo —que es una derivación del espíritu del orden del padre— vence al antiguo orden

* Βασιλευς es en realidad una forma adjetivada de esta Βασιλη arcaica. Véase C. KERÉNYI: *Töchter der Sonne*, Zürich, 1944, p. 68.

de la madre. Por la inevitabilidad primitiva y terrible del mito, la esperaba su fin a manos de su propio hijo. En el ambiente cristiano-carolingio, su fracaso toma un aspecto más suave: rodeada de la *summa reverentia* de su hijo, que ha llegado a ser rey del mundo, tiene que pasar también por una especie de «muerte suavizada», una vejez históricamente insignificante: *Mater quoque eius Berhtrada in magno apud eum honore consenuit* —informa Eginhard.

A fines del 771 murió Carlomán. Sólo por su muerte se pudo evitar la guerra entre los dos hijos de Berta. Sus nietos huérfanos, su nuera viuda no buscaron su protección; ella ya no tenía poder. Huyeron —como ya hemos mencionado— a la Corte longobarda.

Desiderio aprovechó en seguida la ocasión para atacar a Carlos y vengar la deshonra de su hija. Primero amenazó nuevamente al Papa —ahora era Adriano I—, exigiéndole incluso la consagración real para los hijos de Carlomán. De esta forma, él, tutor de los nuevos reyes francos, hubiese pasado de ser un vencido de Franconia a ser el protector de Occidente. Pero Carlos se preparó para el contraataque. Le prometió su ayuda al acosado Papa y atacó con dos grandes ejércitos el reino longobardo.

En aquella época Carlomagno tenía treinta años. No parece haber sido un tipo precoz. Aunque nunca fuera un «buscador de su camino», nos deja a pesar de todo la impresión de ser una personalidad de lenta realización. Fue madurando poco a poco en la gran escuela política de su padre. Tenía el tiempo necesario y la formación precisa para ello, y había vivido ejemplos suficientes; así, fue arraigándose orgánicamente en su función y su dignidad, para luego, teniendo el mando firmemente en sus manos, emprender con tranquila seguridad el camino que había recorrido su padre y así lograr sus propósitos.

Cuáles fueran los planes de sus primeros años de madurez, naturalmente ya no es posible averiguarlo; sin embargo, sí está con toda claridad ante nuestros ojos lo que logró. Y no era nada a medias. Es en esta totalidad de lo logrado donde se encuentra la novedad respecto a su padre. Es cierto que Pipino había vencido al reino longobardo y lo había frenado, pero nada más. Carlomagno no consentía este tipo de compromiso. Eginhard subraya: *quam hoc, quod efficere moliebatur, perseverantia quadam ac iugitate perfecto fine concluderet.* O bien reconocía la imposibilidad de una empresa —como más tarde en Hispania— y se volvía inmediatamente atrás; o bien terminaba totalmente lo comenzado. Ahora tomó Pavía, destronó a Desiderio y tomó posesión del reino y del título real longobardo. También cayeron en sus manos la viuda y los hijos de Carlomán; los metió —según la costumbre— en un convento. El, por su parte, marchó vic-

torioso hacia el Sur, y el 2 de abril del 774 entró solemnemente en Roma. También él recibió el título de *patricius romanus*, como su padre; también él fue protector del Papa y del Estado Pontificio, como antes lo fuera Pipino. A pesar de ello, la diferencia es grande: Carlomagno, en posesión de Roma y de gran parte de lo que una vez fue el Imperio Romano de Occidente, además de países y pueblos más allá de sus fronteras, llegó a ser —por de pronto— el sucesor *de facto* del soberano de la unidad romano-occidental del imperio.

No hay duda de que abandonó Roma demasiado pronto. Desde allí no podía administrar su reino, que se extendía hasta el lejano Norte, y además se sentía limitado por los términos de la «Donación de Constantino». Pero Roma pertenecía ya a su dominio; no solamente tenía abierto el camino hacia Roma, sino que dicho camino cruzaba por todas partes tierras carolingias. Cuando más tarde —en el 781, 787 y 800— emprendiese ese camino, siempre Roma lo recibiría como a su señor. Y así empezó a ligarse a la persona de Carlomagno la idea de la posesión de la Ciudad Eterna. Durante los años ochenta esta idea se difundió por todo el Occidente. Como «defensor Ecclesiae» ejercía Carlomagno una especie de soberanía no sólo sobre la Iglesia, sino también sobre la ciudad en que ésta tenía su sede principal. El rey de entonces era todavía *meritus rex atque sacerdos;* su soberanía sobre la Iglesia no era una palabra vana; el mismo Carlos era llamado «Obispo de los Obispos». A esto se sumaba la concepción plástica e ingenua de la época: ¿Dónde se encuentra esta Iglesia? ¿Cuál es su extensión? Sus fronteras comenzaron paulatinamente a coincidir con las del imperio de Carlomagno: el Reino de los francos representaba con claridad y totalidad cada vez mayores el aspecto terrenal de la Iglesia de Occidente. A esta idea se asoció casi desde sus comienzos una imagen bastante clara sobre *Europa.* No es una casualidad el que la denominación del reino carolingio como *Regnum Europae* se pueda comprobar precisamente después de la primera entrada de Carlomagno en Roma —en el año 775—. El poeta Angilberto elogiaba ya al *rey* Carlos como *cabeza del mundo y cumbre de Europa.*

Uno de sus obispos, Teodulfo de Orleáns, fue bastante más lejos, y al referirse al príncipe de los apóstoles loaba así a Carlomagno: «Aquél, quien posee las llaves del Cielo, ha dispuesto de tal forma que tú tengas las suyas»; y aún más claramente: «Tú gobiernas la Iglesia... los sacerdotes y el pueblo». En esta atmósfera de opinión, es natural que viesen en este rey también al «sucesor del Apóstol». Expresiones como «el nuevo David» también fueron usadas refiriéndose a él —y con mayor énfasis que referidas a su padre. Dentro de este sistema —el carolingio—, el poder de la dirección moral del reino *ya*

no correspondía al Papa. Con mano firme, Carlomagno, como poseedor y representante de este «reino sacerdotal», trazó los límites: «Nuestra tarea es—mandó escribir al Papa—, de acuerdo con la ayuda de la Gracia divina, defender en todas partes la Santa Iglesia; hacia el exterior, defenderla con las armas de las incursiones de los herejes y de las devastaciones de los infieles; hacia el interior, consolidar el reconocimiento de la fe católica. *Vuestra misión, Santo Padre, es: como Moisés, apoyar nuestro servicio militar con las manos alzadas al cielo*». Sin embargo, mientras definía con tanta precisión las funciones, una imprecisión quedaba, como involuntariamente, sin aclarar: Como rey, Carlos se asignaba la tarea de «defensa» y «consolidación» de la Iglesia. En otra carta dirigida al Papa se leía, sin embargo, la expresión: «el Sacerdote Supremo debe rezar para que el Rey Supremo *proteja* y *aumente* el reino de la Santa Iglesia». El Rey Supremo se entiende que es Jesucristo. Pero la similitud de las tareas, y más aún de las dignidades—aunque los contemporáneos no pudieran sacar las últimas consecuencias de esta perspectiva—, presenta una peculiar intercambiabilidad de papeles entre la función del Rey Supremo, el sucesor de David, y la del soberano terrenal, el «nuevo David». Como se recordará, esta intercambiabilidad no era extraña ya al Imperio de Constantino, y el Occidente todavía viviría de hecho sus últimas consecuencias en el imperio de los Otones, por lo menos en un cierto sentido*. Lo que en el caso de Carlomagno salta a la vista, es también en los demás casos mucho más que una simple alegoría.

Allí donde la Iglesia es considerada como una novia confiada al cuidado del rey, a los ojos de los contemporáneos la imagen de Cristo, es lógico que coincida en gran medida con la del soberano cristiano. Y otra vez nos hallamos ante el fenómeno del poder de la *imagen:* ante una imagen poderosa, la del príncipe en su modalidad carolingia. En ella, Carlomagno es *imago Dei*, representación de la divinidad, lo que esencialmente corresponde a la visión bizantina del emperador como μιμητης θεου, el imitador de Dios. La «imagen de Dios» occidental es en la imaginación de los suyos como el mismo rey celestial, *caput orbis*, y aún más: *dominus rerum*, el señor de las cosas.

Por el hecho de esta plenipotencia, por el hecho de su gobierno sobre distintos reinos y sobre otros monarcas, por su posición de protector del Papa, por la dominación de Roma, pero también por la similitud entre la naturaleza de su función de conductor del mundo con la del rey celestial del universo, por todo esto Carlomagno—«ca-

* Aludo a la representación de Otón II en su Evangeliario en Aquisgrán. Al lector español le es más fácil consultar el libro de MANUEL GARCÍA PELAYO: *El Reino de Dios, arquetipo político*, Madrid, 1959, en el que hay una reproducción de esta figura, comentada en las páginas 168-9.

beza del mundo y cumbre de Europa»—llegó a ser rey supremo de Occidente, una especie de *imperator,* equivalente por la naturaleza de su poder al *basileus oriental,* aunque él mismo nunca hubiese pensado elevar su dignidad añadiéndole un título tal.

4

Por esta época —en el año 780—, cuando por primera vez el Occidente se manifiesta como entidad orgánica y como orden articulado de valores bajo el cetro de Carlomagno, se da en Oriente un cambio que recuerda en cierto modo al intento de hace doce años de Berta, pero con la gran diferencia de que esta vez *el hijo sucumbe a la imperiosa madre.*

El padre, el abuelo y el bisabuelo de este hijo, de Constantino VI —los emperadores León III, Constantino V y León IV, respectivamente—, se manifestaron como «enemigos de la Madre de Dios», en contra del culto a los Santos, contra los sagrados iconos y las reliquias, y sobre todo contra el culto a la Virgen. Considerándose «igual a los Apóstoles», «Emperador y Sacerdote», el fundador de la dinastía de los iconoclastas, León III, se presentó tanto ante Bizancio como ante Roma en nombre de «la autocracia del Dios Padre», en el de «la severa estructura patriarcal del concepto judío de Dios». Pero a causa de esto se encontró —como ya hemos dicho— ante un conflicto no sólo con los jóvenes pueblos de la Cristiandad en Occidente, sino también con grandes estratos de la población de su propio Imperio, cuya religiosidad se basaba en la secular adoración de una deidad femenina. En los primeros siglos después de Cristo el culto de la *Theótokos* se extendió desde Egipto, donde una visión matriarcal del mundo había echado hondas raíces cultural y políticamente; y este culto fue dogma desde el Concilio de Efeso. Todo esto debía ahora ser suprimido. La prohibición del culto a las imágenes, del culto al «arquetipo en la representación», se dirigía sobre todo contra los iconos de la Madre de Dios: eran sus imágenes las que los iconoclastas destruían con preferencia. Una revuelta de la mezquina *Ratio,* de un racionalismo ilimitado, hervía en el mundo, que —como en tantas agitaciones de «esclarecimiento»— se imponía la misión de extirpar todo aquello que a primera vista no fuese comprensible por la razón y su lógica.

Sin embargo, los contenidos profundos del hombre y del mundo se comportaron una vez más como suelen hacerlo frente a tales ataques de la «razón pura»: se defendieron a *su* manera a través de la mística y el mito, a través de la superstición y de una religiosidad primitiva

y popular —y a fin de cuentas vencieron a la razón, a la audaz pretensión de un racionalismo sin límites.

Como ilustración a lo dicho, concretada en forma de narración, aparece el caso de un cierto Constantino, caballerizo del ejército imperial, que —como se puede leer en la *Crónica de Teófanes*— destrozó con una piedra una imagen de la Virgen que luego todavía pisoteó. En ese momento sintió una presencia: potente y silenciosa, como una diosa de los viejos tiempos, la Virgen estaba a su lado, y le habló tristemente: «Es que ignoras el acto temerario que has ejecutado en mí. En realidad se lo has hecho a tu propia cabeza». Al día siguiente el sacrílego cayó en una batalla: una piedra de una catapulta le destrozó la cabeza.

Lo que así se expresa en un caso individual de una manera popular y ejemplar, en el caso del mismo emperador iconoclasta da una explicación todavía válida, incluso para nosotros hoy en día, de la situación interna de este hombre.

Constantino V, el que «reniega de nuestro Dios y Salvador Jesucristo y de su pura y santísima Madre y de todos los Santos», se entrega al mismo tiempo, «fascinado por las brujerías..., por los sacrificios de sangre de caballo y por ceremonias mágicas, a los mayores excesos y comienza a invocar a los demonios» (Teófanes). Es decir, que los contenidos arcaicos oprimidos, cuya expresión sublime entra en el plano de lo religioso, aparecen vengativos por otro lado como caricaturas diabólicas (1). Esto hace que la gran empresa de «esclarecimiento» de este iconoclasta se torne en una mueca tragicómica. Pues él está más «fijado» por la imagen que el último monje de su imperio y seguramente de una manera más impura y primitiva que el último devoto de los milagrosos iconos. Está dicho con la mayor claridad en la narración que hace Teófanes de la agonía de este «enemigo de la Madre de Dios». Cuando Constantino yace, con una herida degenerada en gangrena, en su lecho de muerte, exige de pronto que se canten himnos a la Virgen y Madre de Dios, «a pesar de que había sido su enemigo irreconciliable». Entonces muere, en el sufrimiento y la desesperación, a bordo de un navío, con la exclamación: «¡Ya en vida estoy entregado al fuego eterno!».

Junto a este hombre, las mujeres de su vida no tienen ningún papel destacado; sin embargo, es él mismo quien escoge, de la opulenta clase media de Atenas, a la joven Irene para que sea la mujer de su hijo León; es él mismo quien, secundado en la ceremonia por su hijo, la corona Augusta en el Sagrado Palacio de Constantinopla.

(1) Comp. del autor: *Tschingis Khan*, Hamburgo, 1958, pp. 132-33; y señalando el camino opuesto respecto al mismo fenómeno psíquico, *El Emperador Carlos V, semblanza de un hombre*, Río Piedras, 1964, p. 145.

El que el matrimonio del joven *basileus* con la bella burguesa fuera una alianza de amor es de suponer: incluso como elección afectiva del joven soberano, apoyado por el viejo, la entrada de Irene en la familia imperial es un fenómeno parecido, cada uno a su manera, al de la muerte tan elocuente de su suegro. Irene, como la gran mayoría de las de su clase, era una veneradora de las imágenes de los Santos, una partidaria devota del culto a la Virgen María. Así, su aparición en el centro del mundo cristiano-oriental supone el disimulado retorno semievidente al culto a la imagen y a la mujer: a la Virgen y a la Madre. Se prepara un cambio de dominantes. Aunque al principio sabía Irene disimular sus verdaderos sentimientos, sólo un decenio después de su matrimonio, León IV descubre los iconos prohibidos bajo la almohada de su mujer. Su reacción ante este hecho es chocante, pero también en gran medida característica: rompe con ella la vida conyugal. Es demasiado tarde: medio año después muere León IV. Su viuda aparece al mundo del Imperio como tutora de su hijo que entonces sólo contaba diez años de edad, Constantino VI; muy pronto toma por su cuenta las riendas e incluso se dispone a ser ella sola la soberana.

5

El Imperio romano, tal y como estaba desde la victoria de Augusto —como personificación de Occidente con el «principio claramente patriarcal de la nueva religión»— sobre Cleopatra —la última representante de Oriente con «su fundamento principalmente material-femenino»—, no soportaba sobre sí ningún monarca femenino. Incluso en los decenios en que el Imperio había vivido su mayor impregnación de orientalismo —en los de la entrada triunfal en Roma del culto Sirio y de Asia Menor durante el dominio de los Emperadores soldados—, las mujeres de la familia imperial habían actuado siempre como esposa, madre o abuela, tras los emperadores reinantes. Actuaban en vez de ellos o en su nombre, pero nunca aparecían como monarcas gobernantes suprimiendo a los emperadores, como sucedía, por ejemplo, en el Imperio egipcio de los Lágidas helénicos, condicionado por el culto a Serapis-Isis. Allí subían al trono mujeres, incluso pasando sobre el cadáver de sus propios hijos, cuya existencia les estorbaba para el libre desarrollo de sus pretensiones de dominio. La última de ellas, Cleopatra, había tenido que quitar de en medio solamente a su hermano y marido para poder ser reina y señora de Egipto. Tal poderío de la mujer era totalmente desconocido no sólo para el Occidente romano, sino también para el Oriente romano, hasta que llegó Irene. Es cierto

que Pulquería reinó, pero lo hizo al lado o más bien detrás de su hermano, el segundo Teodosio: Teodora lo hizo sólo como esposa y colaboradora de Justiniano, mientras que junto a los dos primeros emperadores iconoclastas sus mujeres desaparecen completamente.

Ahora, con Irene pasan de pronto a primer plano, después de una larga latencia y represión, tradiciones de primitivos contenidos ginecocráticos, contenidos que no sólo hacían posible el increíble atrevimiento de esta mujer —increíble desde el punto de vista de la tradición romana imperial—, sino que también permitían justificarla ante la opinión pública. Para aclarar lo dicho, usemos aquí una vez más de una narración sacada de la esfera de las creencias populares. De ella se deduce que Irene, es decir, la mujer y su dominio, era esperada después de largos decenios de autocracia masculina: esto es, vemos hasta qué punto ella y su ambición coincidían efectivamente con los anhelos de amplios sectores sociales. Gobernase como gobernase, esta profunda corriente de la tradición popular la guiaría y protegería.

Teófanes, su contemporáneo, cuenta: «Los seguidores de la verdadera religiosidad poco a poco fueron tomando otra vez confianza, la palabra de Dios comenzó a extenderse y... todo lo bueno podía mostrarse abiertamente. Por esta época, un hombre descubrió... dentro de la Larga Muralla, un ataúd. Cuando lo hubo limpiado y abierto, halló un hombre adentro y las siguientes palabras inscritas en el féretro: 'Cristo nacerá de la Virgen María y yo creo en El. Bajo los Emperadores Constantino e Irene tú, sol, volverás a verme'».

Así, Irene con su hijo representa, en los primeros años de su reinado en el trono de Oriente, a la Madre entronizada con su hijo, centro de la visión del mundo cristiano-oriental. También en su papel de restauradora del culto a la Virgen, de incitadora del Concilio Ecuménico en el que se recupera el equilibrio de las almas, resulta estar a la altura de este ideal mítico. «Una viuda y un huérfano» deben levantar «lo que el enemigo de Dios, Constantino (V)... había destruido», como «ya una vez débiles pescadores rompieron la tiranía del diablo». Pero pronto surgieron en el espectro del ser de esta mujer colores oscuros que no coincidían en absoluto con esta modalidad de la imagen arcaica; y en pocos años llegaron a predominar. Ella obra en una medida cada vez mayor motivada por un plan total que se contrapone al de Octaviano, el «sin madre y sin engendramiento», el nuevo César surgido del acto de voluntad apolíneo-intelectual de la adopción; un plan que por el contrario corresponde al de la nueva Isis, Cleopatra, «la reina de todo el país», cuyo marido, Osiris, seguía a pie su palanquín. (J. J. Machofen.)

Y es a la luz de este contexto cuando la narración de Teófanes

sobre la lucha por el poder que empieza a surgir entre madre e hijo cobra su verdadero significado. Otra vez las voces de la corriente de la tradición popular acompañan esta contienda de una manera claramente perceptible y característica. Surgen adivinos en el pueblo que susurran la palabra a la madre del emperador: «No está dispuesto por Dios que tu hijo lleve la dignidad de emperador, sino que te corresponde a ti, pues te ha sido concedida por Dios». Tales palabras, sin embargo, hubiesen carecido de sentido y también de toda eficacia de no haber sido apoyadas por una fuerte convicción primitiva de amplios sectores sociales. *Lo que quieren es precisamente el retorno al derecho de la madre, el dominio de la mujer.* El cambio de las fuerzas dominantes —ni el primero ni el último en la Historia— está otra vez en marcha. El joven emperador intenta entonces una sublevación contra el poder de la madre. Hacía tres años había aceptado contra su voluntad —aunque de muy mala gana— que se deshiciera su compromiso con Hruotrhude —en griego Erythro—, la hija mayor de Carlomagno. Al principio de su reinado, la madre había estado buscando un poderoso aliado y pensó que lo había encontrado en el rey de los francos. Ella creía haber valorado correctamente al gran bárbaro de Occidente, que quería extender las fronteras de sus dominios hasta los «themas» bizantinos del sur de Italia, al intentar ganárselo por la vía dinástica. El franco podía sentirse halagado: el hijo del mayordomo podía considerarse ahora como futuro antecesor de los *basileis*. Cuando se acordó este compromiso, Constantino era aún un niño, y no era rival para su madre. Llegó entre tanto a ser un joven inteligente, que poco a poco fue dándose cuenta de los planes de su madre. La situación cambió: con un suegro poderoso, independiente de Irene, Constantino la hubiese privado para siempre de su poder. Ella le obligó, por tanto, a contraer matrimonio con una joven de Armeniakon, de nombre María de Amnia, una súbdita insignificante que tampoco tenía el más mínimo sentido para el joven emperador como alianza política. Este intentó unos meses más tarde —como ya habíamos indicado— tomar el poder. Su plan fue traicionado, sus partidarios fueron azotados, rapados y desterrados. A él mismo, su madre le pegó y humilló. Después de esto estuvo largo tiempo sin dejarse ver en público.

Ahora ve Irene llegado el momento de que los súbditos presten juramento a su nombre, empezando por el Armeniakon. Allí, sin embargo, le responden: ««Nosotros, mientras vivas tú, no nos dejaremos gobernar por tu hijo, pero tampoco pondremos el nombre de Irene ante el de Constantino, sino que queremos la fórmula usual hasta ahora: Constantino e Irene.» Cuando ella intenta obligar al pueblo, éste proclama único soberano a Constantino. Los themas se

reúnen; Irene se asusta y manda a su hijo a la reunión. Allí le suspenden a ella la dignidad de emperador y Constantino es confirmado como *autokrator*. Irene se va al destierro junto con sus eunucos de confianza, Staurakios y Aëtios, y con su corte, compuesta también en su mayoría por eunucos.

Entonces comete Constantino el segundo error de su vida, y que esta vez sí resulta fatal. Todavía no se percata él de la gravedad de la situación. Se deja convencer para una reconciliación, incluso vuelve a entronizar a su madre como emperatriz: «y como antes, Constantino e Irene eran apostrofados juntos como gobernantes». Y sucede entonces algo peculiar. Ya en los primeros años del gobierno de Irene se les cortó el pelo a los cinco hermanos de su difunto marido, y éstos hubieron de tomar los hábitos, después de lo cual Irene apareció triunfante con su hijo en la catedral donde sus cuñados daban la comunión. Y ahora prosigue el camino de la destrucción de la dinastía de su marido. El joven soberano es el que actúa, mientras tras él le susurran al oído la cruel mujer y su confidente, el Archieunuco. Son ellos el origen de toda acción: el mayor de los hijos de Constantino V es cegado y a los otros cuatro les es cortada la lengua.

Del matrimonio de Constantino nació sólo una hija, Eufrosina. De esta forma la dinastía queda inhabilitada, si se exceptúa al joven emperador. Irene se propone entonces quitar del camino de su plan de gobierno también a su hijo. Primero deberá hacerse impopular, y luego será destituido. Irene se da cuenta de que el joven, desdichado en su matrimonio, se enamora de una de las damas de la corte, llamada Theodota. Irene fomenta esta tendencia. Constantino actúa precipitadamente, llevado por la pasión: manda a su mujer a un convento, se casa con Theodota y la sube al trono. La nueva emperatriz es pariente del abad Platón, que a su vez es tío de Theoktista, una dama de la clase media —de alto nivel espiritual y material— del Imperio, una *noblesse de robe*, a la que en un principio también había pertenecido Irene. Theoktista era una mujer de una ferviente y profunda religiosidad y de una dureza de carácter igualmente fervorosa. Consiguió —hacia la mitad de su vida— que sus tres hijos, su hija e incluso su marido tomaran los hábitos, emulando a su tío, el santo abad Platón. Ella también se hizo monja. Y les estaba reservado a este trío, Platón, Theoktista y su hijo mayor Teodoro —más tarde abad de Studion—, iniciar el ataque del clero contra su sobrina Theodota y su marido el emperador. En vano pidió Theodota personalmente su perdón y protección; los tres avanzaban a la cabeza de los monjes contra el emperador, al que consideraban un adúltero y cuyo segundo matrimonio veían como un vergonzoso concubinato. Detrás de su

ataque estaba una vez más la emperatriz madre. Otra vez actúa Constantino precipitadamente: se deja llevar a tomar represalias violentas contra los monjes. Los días de la iconoclasia parecen resurgir, con sus persecuciones y torturas de monjes. Una gran intranquilidad se apodera del Imperio, especialmente de sus capas inferiores.

Ahora considera Irene que ha llegado su momento. Se gana a los regimientos de la guardia para su plan; manda aprehender al emperador y enviarlo al salón púrpura, el mismo donde le había dado la vida. Allí es cegado «por orden de su madre», «de una forma tan horrible e irreparable que le costó la vida» (Teófanes). El santo Teodoro de Studion advierte: «Así aprenderán incluso los emperadores a violar la ley de Dios, a desencadenar impías persecuciones.» La opinión del pueblo sobre su desafortunado emperador y las palabras del portador de esta opinión, Teófanes, el cronista siempre tan partidario de Irene, son menos crueles que las del santo monje, pues expresan el fin de Constantino, de acuerdo con su estilo, en una imagen épico-gráfica: «El sol se oscureció (después de quedar ciego el emperador) por diecisiete días y no esparcía sus rayos, por lo que los barcos erraban y eran empujados de acá para allá. Todo el mundo afirmaba unánimemente que el sol había perdido sus rayos a causa de la ceguera del emperador. Así llegó a ser autócrata su madre Irene.»

Un oscuro epílogo a la muerte del hijo fue todavía —dos años más tarde— la orden de Irene de mandar cegar a todos sus cuñados. De esta forma, la dinastía de los emperadores Isáuricos quedó incapacitada para gobernar, es decir, fue suprimida definitivamente del ámbito de la Historia.

El fin del hijo tiene también, no obstante, un epílogo triunfal: «En la marcha majestuosa, el lunes de Pascua, la emperatriz, al salir de misa, va en una carroza dorada tirada por cuatro caballos blancos, y lanza —como ofrenda festiva— abundantes monedas al pueblo. Cuatro patricios guiaban los caballos por las bridas...»

En el número cuatro se simboliza la idea de la maternidad (J. J. Bachofen); también la de la perfección, la de lo concluido (L. Frobenius). La presencia del cuatro también da aquí la impresión de pomposa firmeza, de apoteosis, de situación central en el mundo de aquella que pasa con los colores triunfales de blanco y oro, guarda por cuatro corceles y por cuatro personas de alto rango. El carruaje, como expresión del reinado femenino, aparece ya representado como una cuadriga guiada por una mujer en las monedas de algunas reinas siracusanas, mientras que la otra cara de dichas monedas ostenta una cabeza de mujer adornada con un velo y una diadema: la mujer como rey

y gran diosa de la Tierra, Νεα Δημητηρ, pero también como ουρανιη γη, la tierra celestial, la *mater-ria* deificada. Con el mismo adorno de cabeza aparecen más tarde también algunas reinas lagidias, como Berenice o Arsinoë, en sus monedas. En las de Bereniké está también el carruaje —algo parecido al carro tirado por leones y guiado por la propia Gran Madre del Asia Menor—. Aquélla también conduce su carro, impulsada por la venganza, pasando sobre cadáveres, poseedora de un sombrío encanto, «que le da la tradición». A partir de aquí se abren profundas perspectivas en dirección a Circe y a Medea. «Es como si la situación del pasado y todos los horrores que suponía la lucha de los sexos por alcanzar el poder reapareciesen ante nuestros ojos.» «No ha desaparecido del recuerdo de la humanidad el que la época de la ginecocracia legó a la Tierra las más sangrientas experiencias» (J. J. Bachofen).

6

Como πιστος βασιλευς, como emperador y no como emperatriz, está ahora Irene *sola* en su trono, en el centro del cosmos cristiano-oriental. Y ahora se ve con claridad que sus comienzos —su entronizamiento junto con su hijo en aquel lugar central— no eran más que una seudomorfosis. En realidad, ella nunca representó los «lados vitales» de la existencia. Cuando su marido encontró en su poder los iconos, ella —entonces todavía una mujer joven— se decidió por la imagen y no por la vida. Así termina su vida amorosa. Nunca personificó a la mujer gobernante en su modalidad afrodito-hetera, sino en la de la amazona hostil al hombre. Como tal destruyó la estirpe de su marido. Frente a las sangrantes sombras faltas de voluntad, que aún podrían haber gobernado, se encuentra la cruel mujer —que reina ahora en lugar de ellos— en una brillante y estéril *majestas matronalis*, guardada por sus dos Archieunucos, acompañada por sus huestes de eunucos y monjes. Es característico el que en sus círculos más íntimos sólo soporte a éstos: por un lado los que —por la castración— se han acercado en la voz, en las costumbres, en el aspecto y en la vestimenta a la esfera de la mujer, y por otro lado, los monjes, que a causa de su voto han renunciado a su virilidad y adoptan la «vestidura de ángel», es decir, se visten como mujeres. Cleopatra, «una mujer que... por una cultura erótica... ha evolucionado como una personificación terrena de Afrodita», era tan comedida como para poder afirmar incluso la superioridad política de su amante, un hombre de la importancia de Marco Antonio. Por el contrario, Irene, la

amazona enemiga de los hombres, se convierte cada vez más en un instrumento de las ambiciones de sus eunucos. No soportó el gobierno de su hijo; sin embargo, es impotente ante el de sus castrados. Staurakios y Aëtios se disputan el trono ya en su presencia, como ratas sobre un cadáver. De pronto muere Staurakios, y Aëtios resulta así el todopoderoso en la corte y en el Imperio. Su plan es el siguiente: casar a su hermano con Irene y así poder quedar al mando incluso después de la muerte de ésta. Entonces ella, que iba entrando en años, intenta librarse de esta humillante red con un gran gesto. Este último gesto recuerda a Cleopatra. Como ella —una gran reina, una mujer destinada al gobierno y formada para él, que se había apartado con asco de los hombres degenerados de su linaje y se había dirigido hacia la virilidad del Occidente romano, digna de su feminidad—, así fijó también Irene, al final, su mirada en el rey supremo de Occidente, Carlomagno, y le ofreció su mano. De esta forma se daría unidad a la división del Cristianismo, resurgiría un imperio tan grande y poderoso como el de los antiguos césares, y ella misma, «el verdadero Basileus» —que al darle su mano al rey franco le concedería el deseado reconocimiento—, realizaría el sueño de Cleopatra: «reinar sobre su marido y en el Capitolio romano sobre el orbe». Pero esto no habría de suceder. Cleopatra había sido vencida por un Augusto César, mientras que Irene sucumbió a las mezquinas intrigas de un eunuco, que supo sofocar el plan ya en sus orígenes. Después de esto parece como si ella —enferma, envejecida y cansada— se hubiese dado por vencida: un audaz tesorero le roba el poder. Ella es destronada y desterrada. Muere en la miseria. Y ni siquiera intentó defenderse.

Y a pesar de todo es ella quien restablece el culto a la imagen, quien restituye el equilibrio anímico al Oriente cristiano. *Elle a osé une révolution politique et réligieuse d'une importance sans égale.* (Ch. Diehl). En el mismo año en que rompió el compromiso de su hijo con la hija de Carlomagno, convocó el Concilio de Nicea: era el año 787. Las conclusiones del Concilio sirvieron —mejor que la frustración del plan matrimonial entre las dinastías de Oriente y Occidente— para hacer públicas una vez más las diferencias de concepto y de postura entre el Este y el Oeste, aunque esta vez Bizancio encontró, para reglamentar la veneración a las imágenes, una fórmula viable incluso para el Occidente, como lo demuestra la actitud del Papa hacia el Concilio. Los padres de Nicea intentaron solucionar la cuestion con la fórmula juanista: ο εωρακως εμε εωρακεν τον πατερα (XIV.9); πιστευετε, μοι οτι εγω εν τω πατρι και, ο πατηρ εν εμοι (XIV.11); εγιο και ο πατηρ εν εσμεν (X.30).

(El que me ve, ve al Padre; creed que yo estoy en el Padre y el

Padre en mí; yo y el Padre somos uno.) Estas palabras ya habían sido expuestas por Atanasio de Alejandria *(Oratio III contra Arrianos)*, refiriéndose al caso del emperador y su retrato, de tal forma que el ειδος (idea) y la μορφη (forma) del emperador se reflejaran una en la otra: «Yo y el Emperador somos uno. Yo estoy en él y él está en mí —así habla la imagen.» ειποι αν η εικων: Εγω και ο βασιλευς εν εσμεν. Εγω γαρ εν εκεινω ειμι κακεινος εν εμοι.

El Concilio repite ahora esta interpretación y la incluye en las actas sinodales. (E. Kantorowitz.)

También el señor de Occidente podía haber estado de acuerdo con esto. Pero a él le presentaron una versión latina algo alterada de las actas sinodales originalmente redactadas en griego. Este texto le pareció «disparatado y pretencioso». Y aunque hubiese leído la más fiel traducción, también la hubiese encontrado «disparatada y pretenciosa». Inmediatamente se dispuso a dar un duro contragolpe. Su respuesta, según testimonio de los llamados *Libri Carolini*, demuestra que no se trataba solamente de la cuestión de las imágenes. El rey de los francos, el gran rey de Occidente, al dirigirse contra éstas se dirigía, consciente y enérgicamente, contra el imperio oriental. Sin lugar a dudas, el escrito tenía gran importancia para él. En el original del Vaticano se pueden ver aún hoy las notas al margen: *perfecte, bene, totum bene*, expresiones de su conformidad, al igual que lo tachado en el texto por orden suya. *El escrito subraya que Bizancio es la continuación del imperio pagano.* La expresión *divalis* refiriéndose a *Basileus* escandalizó al Occidente: olvidándose de las frecuentes expresiones semejantes en la veneración al rey, exigió que ninguna persona fuese honrada con un epíteto que la divinizara. El escrito reprochaba grandes errores a los teólogos griegos, pero precisamente estos párrafos muestran demasiado a menudo la poca comprensión que tuvieron en Occidente las actas sinodales, fuese ello una actitud inconsciente o no. En el Concilio, por ejemplo, se dijo: condenados sean aquellos que no instruyan a toda la cristiandad en la veneración y la adoración de las imágenes de todos los santos. Los *Libri* consideran estas palabras un *deleramentum* —una tontería— y argumentan ingenua y pedantemente que esto no es posible porque nadie puede instruir en la veneración de las imágenes a más de dos o tres provincias, *non tamen omnem Christo dilectum populum.* «Pues la iglesia católica... está extendida por espacios tan extensos y enormes del mundo...» En este caso probablemente se antepuso todavía la faceta semiculta a aquella otra faceta que en principio, por su naturaleza y tradición, debía estar por encima de una nimia interpretación literal.

Sea como fuere, desde este momento el Occidente, que se separaba cada vez más del Oriente en lo político y lo espiritual, se halla en una contienda abierta casi ininterrumpida con Bizancio. En los *Libri* se expresó la palabra, se declaró la guerra, se estableció y formuló la oposición al Oriente, pero también al antiguo imperio pagano. De esta forma, Bizancio fue desafiada y provocada, mientras que Carlomagno mismo emprendió el camino por el que al final de su vida conseguiría llevar la gran disputa a una conclusión que pudiese satisfacerle también a él personalmente. Que ésta no era una meta bélica, se sobrentiende. El nunca quiso vencer o conquistar Bizancio; poco le conocían aquellos bizantinos que pensaban que, después de ser coronado emperador en Roma, emprendería —como un general ascendido a anticésar— la marcha contra Constantinopla. Carlomagno veía su misión en Bizancio como algo totalmente distinto: se trataba de la delimitación de Occidente, del mundo carolingio, frente a Oriente. De este proceso debía surgir el *Kosmos* (orden) occidental, como una entidad religiosa, ética y política de igual condición que el oriental.

7

Cinco años antes del final del siglo sube al trono papal León III. Desde hacía catorce años los Papas fechaban sus diplomas haciendo referencia únicamente a los años de gobierno del basileus; pasaron más tarde a referirse únicamente a los años de papado. Ahora, por primera vez, el Papa data sus documentos también según los años de reinado del rey franco. Y finalmente acaba por desaparecer también la referencia a los años de papado: a partir del 800, León III se referirá en sus fechas exclusivamente a los años de reinado de Carlomagno (*).

Dos años después de la subida al trono de León III, un erudito cercano al rey, el famoso Alcuino, «ministro de Instrucción y Cultura de Carlos», dirige una carta a su señor en la que expone cuáles son las tres personas que representan lo más alto sobre la tierra: nombra al Papa, al emperador de Bizancio y al rey de los francos. Pero el Papa había quedado manchado por las calumnias y quejas del pueblo romano; Bizancio, por otro lado, había degenerado en escena de sangriento horror y de repugnante ignominia. Carlomagno, sin embargo, seguía sin ser alcanzado por toda esa suciedad y esos horrores. El es

(*) P. KIRN: Das Abendland v. Ausgang d. Antike bis z. Zerfall d. Karoling. Reiches, *Propyl. Weltgench.* Tomo III, Berlín, 1932, 115. Comp. *The Cambridge Mediaeval History.* Vol. IV, Cambridge, 1966, 77 *(pro);* 446 *(contra).*

el más poderoso, el más augusto, el más sabio y el más digno. Uno se inclinaría a pensar que todo esto es mera adulación, pero en realidad este escrito significa la fundamentación ética de la pretensión que habría de dar lugar al más alto imperio del mundo terrenal.

La discordia entre el Papa y los romanos a que se refiere Alcuino deparó amargos días a León III. Después de ser casi cegado y luego proscrito, también llegaron quejas al rey franco alegando que el Papa era culpable de adulterio y perjurio. El mismo León III se dirigió al rey: en el verano del 799 aparecieron en Paderborn, donde Carlomagno había convocado una dieta, por un lado los delegados de los acusadores del Papa y por otro lado el Papa en persona. El rey de los francos, árbitro ahora no sólo de Occidente, sino también de la iglesia, promete ir personalmente a Roma y allí decidir el caso del Papa. Pero no se apresura. Siempre de nuevo nos llama la atención, cuando consideramos el épico ritmo de vida de este hombre, el que nunca se apresura para nada y siempre llega a tiempo. Es un ritmo de grandes olas, sin premura. También en este caso pasa todo un año en el noroeste de su país. Visita las defensas construidas en la costa contra los normandos —invasores bárbaros del norte germano todavía pagano, representantes de aquella Germania que adoptaba una postura conscientemente hostil contra el «eidos» carolingio-cristiano de la otra Germania en vías de formación—; luego viaja a Tours; de allí vuelve a Aquisgrán, pasando por París, para finalmente reunir una dieta en Maguncia. Cuando ya hubo cumplido con todo esto, considera llegado el momento y se pone al fin en camino hacia Italia. El 24 de noviembre del 800, Roma festeja la entrada de su señor. El es el *novus Constantinus,* incluso el *novus Salomon,* el que trae consigo la *Pax Mundi.* Para el Papa León y sus partidarios él es el *nuevo emperador.* La sanguinaria mujer en el trono de Oriente ya no es reconocida en Occidente como emperador legítimo. De esta hipótesis se deduce la osada conclusión: el puesto de emperador está libre. León III necesita con urgencia de una autoridad a la que poder subordinarse para que, por medio de ella, pueda ser absuelto de las quejas levantadas en contra suya. En efecto, el 23 de diciembre, Carlomagno declara al Papa, que le había prestado un juramento voluntario, limpio de las graves calumnias. Como recompensa se llevará a cabo el día 25 en la iglesia de San Pedro la exaltación de Carlomagno a emperador de los romanos. Se disponen a ello con una prisa que difícilmente cuadra con el comportamiento de Carlomagno, por lo que puede sospecharse que detrás de todo ello están el Papa y sus partidarios. Es desafortunado el que Carlomagno se dejase llevar por el Papa a esta ac-

ción poco preparada, pues el Papa tramaba un ardid que, sorprendiendo a Carlomagno, se realizó plenamente.

El rey de los francos asistió a la misa de Navidad en la basílica sepulcral del príncipe de los apóstoles. Después de rezar, se pone de pie y se adelanta hacia el altar, sobre el que se halla la nueva corona imperial. Había sonado la hora del nacimiento de Occidente. Entonces se le acerca el Papa, que decía la misa pontifical, toma en sus manos la corona y se la coloca en la cabeza a Carlomagno. El así ornado apenas disimula un gesto de desaprobación. No cabe la menor duda: esto no había sido lo convenido. El papel pasivo que le confería en esta coronación el atrevimiento del Papa —que luchaba por su futuro— debía ofenderle profundamente. Pero el hecho estaba consumado: Carlomagno había sido coronado emperador no por su propia mano, sino por la del Papa. Cuando éste llevó a cabo el acto, cayó de rodillas ante Carlomagno y le «adoró» *(ab Apostolico more antiquorum principum adoratus est)*, mientras el pueblo exclamaba: *Carolo, piissimo Augusto, a Deo coronato magno, pacifico Imperatori, Vita et Victoria.* Ahora es ya emperador, a los cincuenta y nueve años de edad: tan llamativamente tarde logró su revolución.

Pues esta coronación es sin duda una acción revolucionaria que todavía daría sus frutos cargados de consecuencias para todo el Occidente. Pues había ya un imperio, y ante este hecho resulta débil la alegación —la hipótesis de Alcuino y la argumentación del Papa de que la sanguinaria mujer de Oriente había perdido su poder a causa de sus actos atroces, y que aunque no hubiese sido así, a pesar de todo estaría desocupado el trono de Oriente, pues ella era tan sólo una mujer y nunca una mujer había reinado como *autokrator* sobre Bizancio. Sin embargo, hacía pocos años se había negociado con esta emperatriz y se la había reconocido: también entonces había estado manchada de sangre, también entonces era mujer. Cronológica y legítimamente era precisamente su título —y no el del nuevo emperador occidental— el que descendía de los antiguos emperadores del imperio romano. ¿No era, pues, el nuevo imperio superfluo? ¿No era —por lo menos— ilegal? Es significativo el que Carlomagno no se atreviese a denominarse imperátor inmediatamente después de la coronación. En sus primeros documentos, del año 801, se lee sólo el título de *rex*. Luego, durante unos años, se apostrofará *imperator*, el que gobierna el imperio romano», *Romanum gubernans Imperium.*

El nuevo imperio de Carlomagno llevaba inmanente una dificultad que resultaba esencial para la interpretación medieval del mundo. El imperio sólo tiene sentido cuando existe *un* emperador, pues hay sólo una Iglesia, y más aún: un solo Dios. Como el reino de Dios en el

cielo, así es el imperio en la tierra. Es la cumbre suprema del poder humano. No en balde se veía al pagano emperador de Roma como a un dios. Por otro lado, también hay que admitir que el antiguo imperio romano se había dividido: al mismo tiempo hubo un emperador oriental en Constantinopla y uno occidental en Rávena. A pesar de todo, éstos representaban una única idea político-religiosa. Eran emperadores parciales del mismo imperio romano, que idealmente había quedado siempre unido. Cuando más tarde dejó de existir el imperio occidental, la mayor parte de Italia y parte de España y de Africa pasaron otra vez al gobierno del emperador de Constantinopla. Todavía en tiempos de Carlomagno, el *Basileus* reinaba tanto en la magna Grecia como en Sicilia.

Este nuevo título de emperador —se le considere como se le considere legal y filosóficamente— no puede, a pesar de todo, ser puesto en duda en cuanto a su justificación ético-histórica y a su evidencia imperialista. Al representar y gobernar Carlomagno a todo el Occidente, es evidente que era, en todos los sentidos, mucho más que un simple rey. Su poder —como todos— buscaba una manera de expresarse, un titulo de dignidad correspondiente. Una simple ojeada a la situación de Carlomagno frente a Bizancio, una sola ojeada a los grandes recuerdos de Roma, Italia y las Galias muestran que este título sólo podía ser el de *Imperator,* el único título de igual rango que el de *Basileus.* Ese título, política e históricamente consciente, sólo pudo afirmarse y desarrollarse cuando el Occidente llegó a una posición capaz de darle contenido real. Pero al mismo tiempo se desvaneció la esperanza de la unidad de la *Ecumene,* y hasta hoy día no ha sido más que un grande y vano sueño.

Un mundo ligado a las tradiciones —y tal era el mundo medieval— se restablece con dificultad, o nunca lo consigue, de una ruptura radical de sus representaciones tradicionales. El mismo Carlomagno debía percibir esto: tenía que parecerle paradójico ser *un* emperador y no *el* emperador. Probablemente estas consideraciones le llevaron a contestar afirmativamente a la mencionada oferta de matrimonio de la emperatriz Irene, a pesar de su avanzada edad, es decir, se decidió a intentar, por el camino dinástico, remediar la división causada por su coronación. El matrimonio con la señora de Oriente hubiese solucionado de una vez para siempre la cuestión —cada vez más delicada— del reconocimiento de su nuevo título, tanto de acuerdo con el pensamiento medieval como de acuerdo con la usanza bizantina. Pero ya era demasiado tarde. Durante la estancia de sus delegados en Constantinopla, el logoteta Niképhoros consiguió —como ya hemos dicho— derrocar a la emperatriz y subir al trono bizantino. El nuevo

emperador respondió al mensaje de Carlomagno, pero evadió la cuestión del título. Las negociaciones no llegaron, por tanto, a ningún resultado, y una guerra comenzó. Por tierra era Carlomagno el más fuerte; por mar lo era el viejo Imperio del Bósforo: resultó de ello el que las ciudades marítimas del Adriático tuviesen que ser periódicamente abandonadas por los francos; también Venecia, pero fue de nuevo sometida por el hijo de Carlos, Pipino.

La pérdida de Venecia pareció haberle dolido mucho al emperador oriental. Envuelto al mismo tiempo en una contienda con los búlgaros, manda al «spatharios» Arsaphios a ver a Pipino. El emisario ya no encontró con vida al joven rey y fue conducido ante el viejo monarca. Carlomagno recibió a Arsaphios con gran satisfacción. Se mostró incluso dispuesto a devolver Venecia y las ciudades costeras si la cuestión del título se resolvía al fin de una forma conveniente para él. El nuevo emperador, Miguel I, que en el ínterin había subido al trono de Bizancio, estaba dispuesto a hacer concesiones, a causa de su situación precaria. Incluso fue propuesto el matrimonio entre su hijo y una princesa Carolingia. Sólo ahora le fue reconocido a Carlomagno su título de emperador: los legados bizantinos le aclaman solemnemente *imperator* y también en griego *basileus*. Sin embargo, esto todavía no significaba de modo alguno que el poderoso bárbaro fuese reconocido por los bizantinos como emperador, sino tan sólo que lo nombraban *basileus*, como cien años más tarde al príncipe búlgaro Pedro; pero puesto que Carlomagno era monarca de muchos reinos occidentales, «se le reservó como distinción personal» el título de *imperator. No obstante, nunca fue apostrofado* αυτοκρατωρ. Y éste hubiese sido precisamente el reconocimiento del nuevo imperio, el cual Bizancio no quería ni podía, bajo ningún concepto, conceder al rey franco. Carlomagno y los suyos no entrevieron en ello la *perfidia Graecorum:* el 4 de abril del 812 Carlomagno proclamó en un documento la nueva *pacem inter orientale atque occidentale imperium*, es decir, «pareció haber interpretado la complacencia del emperador romano-oriental como la concesión de una división de poder con igualdad de derechos» (F. Dölger). El arco de triunfo construido por su biógrafo y arquitecto, Eginhard, era una fiel expresión de esta interpretación, con las figuras de un emperador bizantino y uno carolingio en el arco central.

Aunque se le haya negado el título de *autokrator*, la realidad sigue siendo la misma: Carlomagno, como señor supremo de la Ciudad Eterna, como Protector de la Iglesia católica y como soberano indiscutido de Occidente, llegó a ser emperador por su aclamación y coro-

nación en Roma. A partir del 800, el mundo tenía dos emperadores, es decir, la Cristiandad se había dividido.

En su «nueva Roma», Aquisgrán, habiendo cumplido los setenta y un años —un año antes de su muerte—, Carlomagno coronó *con su propia mano* co-emperador *(consortem)* y sucesor *(heredem)* a su tercer hijo, Luis el Piadoso —puesto que sus dos hijos mayores, Carlos y Pipino, habían muerto—y ordena se le reconozca augusto y emperador: *(Hludovicum) imperatorem et augustum iussit appelari* (2). Al Papa, sin embargo, no lo invitó a esta coronación...

Segunda parte

8

Carlomagno no era ningún conquistador desenfrenado y ciego. Nunca luchó por la simple ampliación de sus dominios. Lo que a él le importaba era el reconocimiento de aquella gran estructura que él había creado de su propio ser.

En lo interno, el Occidente tiene que agradecerle su equilibrio; en lo externo, el trazado de sus fronteras.

La futura occidentalidad cristaliza lentamente a lo largo de la gran política, de las creaciones e intercambios culturales, de las empresas bélicas y de la actividad organizadora de Carlomagno, y al final de su reinado queda afirmada, por primera vez en la historia mundial, como entidad autónoma.

Es cierto que ya antes de él el joven mundo cristiano de Occidente, tras los ataques e intentos de formación de unidades políticas que había supuesto la Invasión de los Bárbaros, se encontraba en el camino del desarrollo de su propia forma política. Sin embargo, su centramiento en Roma no fue un supuesto necesario en ese desarrollo hasta el reinado de Pipino y el imperio de Carlomagno. Por ejemplo, las culturas anglosajona e irlandesa, si bien eran cristianas, no se centraban en Roma. Piénsese igualmente en el reino visigodo de Hispania, el cual hubiese podido dar a lo europeo —a no ser por la invasión árabe del 711— una dirección muy diferente de la franco-romana. Bajo el primer rey alemán de estirpe sajona, Enrique I, aún será posible una

(2) Así, Eginhard: *Vita Caroli M.*, cap. 30, y también los *Annales regni francorum* a. a. 813: *coronam illi imponit;* de otra manera, sin embargo, Tegano: *Vita Ludovici imp.*, cap. 6 (M. G. H. SS II). Según él, es Luis quien —siguiendo las órdenes de su padre— se impone él mismo la corona. En ambos casos se logra —y esto es lo que importa— la finalidad del acto: la ausencia del Papa y de la Iglesia en la coronación imperial.

forma política cristiano-occidental orientada al Norte en lugar de al Sur. Pero así como su hijo, Otón el Grande, espontáneamente, influenciado por experiencias personales y actuando según su criterio individual, emprendió el camino de Carlomagno —es decir, el que debía conducir hasta Roma—, así también el padre de Carlomagno, por su parte, como hemos visto, tomó el rumbo hacia el Sur. De esta «elección» resultó luego el destino de su hijo y la creación de su reino, igual que la decisión del primero de los Otones llegó a ser el destino de sus sucesores. El equilibrio con el Imperio de Oriente, que por de pronto encuentra su expresión en la boda del segundo de los Otones con una princesa bizantina, lleva a una satisfactoria delimitación y autoafirmación; en la empresa de Carlomagno ocurre precisamente lo contrario: es el desafío, es la disputa con Bizancio —sostenida hasta alcanzar su finalidad— por medio de la cual lo occidental puede manifestarse con una claridad nunca antes lograda, es esta disputa la que corona el proceso.

En ambos casos, sin embargo, es la incorporación político-espiritual de Roma, Italia y Germania, la que confiere al señor del joven Occidente esa universalidad sobre toda clase de estirpe o país. En ambos casos se reconoce una afinidad esencial entre el nuevo imperio y el Imperio Romano. Y es entonces cuando se intenta una imitación. En realidad, lo que diligentemente tratan de imitar es aquella parte de la tardía herencia romana que en esta época ya resulta comprensible. Empero, el llamado «renacimiento carolingio» se consume aún menos en un deseo de imitación de la cultura de la Antigüedad tardía que el «renacimiento de los Otones» que, siglo y medio más tarde, tenía ya también como modelo a imitar a la propia cultura carolingia. La imitación de la Antigüedad, aparentemente ingenua por los términos en que se expresa —los términos de la *Renovatio*—, es sólo su ropaje externo. Verdadera *vis motrix* de la cultura de los Otones es la actitud y los propósitos de los tres emperadores, que de generación en generación se tornaban cada vez más individuales y personales; mientras que en el centro de la «renovación» carolingia está la poderosa voluntad de Carlomagno —piénsese, por ejemplo, en la *Admonitio generalis* del 789, en los Concilios de Aquisgrán y Frankfurt de 794 y 802—, una voluntad de crear una cultura germana incorporada al cristianismo y a lo romano-latino, una cultura sostenida por la actitud y el carácter guerrero-caballeresco de sus clérigos nobles. Actitud y carácter en los cuales se reflejan los suyos propios: los del último gran rey germano incorporado a lo cristiano y a lo romano-latino.

El producto más sorprendente de esta manera de pensar es posiblemente el *Heliand*, la formidable epopeya que concibe a Jesucristo

como gran monarca trágico con trazos de guerrero germánico, y a los apóstoles como su séquito de caballeros —«los que, consagrados a la guerra, ahora partimos, lejos hemos de morir»—, es decir, que muestra lo que tiene de trágico y heroico la parte más profundamente humana de la historia de Cristo, y la representa de una forma occidental propia de la Alta Edad Media. Parece entonces como un contrapunto a este poema el que el propio rey franco elabore y aproveche a lo largo de su vida —y siempre en mayor medida— precisamente las perspectivas eclesiásticas de su reinado, en nombre de la «herencia real germánica» misma; «pues entre los germanos era el rey el único intermediario entre el pueblo y Dios; no tenía altos clérigos a su servicio» (H. Naumann).

Como mecenas, Carlomagno empleaba sobre todo —aparte de sus francos y otros germanos del continente— a italianos e ingleses, pues de hecho en aquel entonces en Occidente eran éstos los más importantes en el ámbito cultural. Era la época inmediatamente posterior a los grandes períodos de florecimiento anglosajón: Beda había muerto siete años antes del nacimiento de Carlomagno. Sin embargo, gracias a estos períodos, los habitantes de la isla «blanca» y de la isla «verde» —ingleses e irlandeses— se habían situado entre las primeras culturas de los neófitos occidentales; por otro lado, Italia mantenía aún su gran tradición, a pesar de las destrucciones y del abandono, como lo muestra el ejemplo de Pablo el Diácono, un noble longobardo que llegó a ser sacerdote e historiador cristiano; rompe con el ambiente de decadencia de la Antigüedad marchita: introduce una nueva cronología basada en los «años del reinado de Cristo». En Beda y en Pablo el Diácono llega a hacerse consciente la decadencia del *Romanum urbis imperium:* eran los umbrales de una nueva época histórica, que por un lado sustituía definitivamente a la Antigüedad, y que por otro ofrecía por primera vez un marco adecuado para el establecimiento de una nueva forma política. Así quedaron contrapuestos Roma, el *caput quodnam orbis,* y el propio Carlomagno, como *caput orbis,* como dueño y señor del *regnum Europae.*

Como tal también se opuso Carlomagno —como hemos visto— a Bizancio. Como al fin logró el reconocimiento de la forma política por él creada, firme y decidido, trazó, tanto política como espiritual y simbólicamente, la línea divisoria entre Europa oriental y occidental, que aun hoy es esencialmente la misma y que delimitaba también al *otro* imperio, cuyas formas de vida y de religión se alejaban cada vez más de las occidentales.

También se debe a él el establecimiento de otra frontera, de no menor importancia que la anterior, aunque al pasar los siglos se haya

ido desplazando hacia el Sur. Ya el abuelo de Carlomagno impidió en Poitiers el avance islámico. Desde entonces, el mahometismo omeya fue el gran enemigo en el Sur. Como consecuencia de ello, el poder rival, el de los abbasidas, entró en relaciones amistosas con el padre de Carlomagno. Tres años estuvieron los emisarios de Pipino en Bagdad y regresaron con gran cantidad de regalos y una embajada de parte del califa. Cuando más tarde Carlomagno reunió su primera Dieta en Paderborn, le visitaron allí los delegados del gobernador de Zaragoza para pedirle ayuda en contra del omeya Abderramán I, el emir de Córdoba. Al año siguiente (778) Carlomagno atacó la Península Ibérica con el mayor despliegue militar de toda su vida (D. Bullough). Pero el éxito no le estaba reservado. Le sucedió lo mismo que, doscientos años atrás, a Atila contra los romanos sobre el suelo galo, y a los Habsburgos ochocientos años después contra los turcos en territorio húngaro: le desconcertaron los elementos geográficos para él desconocidos, la forma diferente de guerrear en una tierra extraña. Fracasó, pero no era su costumbre el desistir. Aprendió de la derrota y volvió siete años más tarde. Esta vez fue un avance lento y metódico (L. Halphen) que tenía en cuenta al paisaje y a sus habitantes. Tomó Gerona y fundó una Marca en territorio enemigo. En vano penetró el moro ocho años más tarde en el sur de Franconia: dos años después de esta incursión, Carlomagno hizo de la Marca Hispánica un baluarte contra el peligro musulmán, empezando a extenderse rápidamente hasta alcanzar en pocos años la línea del Ebro. En el 801 tuvo lugar la capitulación de Barcelona, que a partir de entonces fue la capital del *comitatus Barcinonensis* de Carlomagno. En el 806 tomó Pamplona y Navarra. Y en el 812 podía considerarse como terminada la formación de la Marca Hispánica. En su fundación, los pequeños estados cristianos del norte de España hallan un modelo y también un apoyo. Así, la obra de Carlomagno fue un incentivo, al menos en parte, también en la Reconquista hispano-portuguesa.

Al parecer, desde el punto de vista de Carlomagno, las fronteras naturales eran los ríos y no las montañas. Se anexiona la cordillera de los Pirineos, así como todo el territorio de los Alpes. Pero así como en el Sur extiende las fronteras de su poderío hasta el Ebro, en el Norte lo lleva hasta el Elba y en el Oeste hasta el Danubio. Así, la fundación de la Marca Hispánica es para él una ampliación de su reino y no una empresa de carácter religioso-misionero contra el Islam. Igual que en el caso de Bizancio nunca quiso conquistarla ni destruirla, así también respecto al Islam —sobre cuyo grado de civilización, poder político y expansión debía de estar muy bien informado— trazó con clara visión la frontera. La Marca Hispánica le servía de defensa

contra el Islam omeya, mientras que durante toda su vida estuvo en relaciones amistosas con el más lejano Islam abbasida, intercambiando regalos y embajadas con el sabio califa de su época, Harun al Raschid —una conducta que todavía por muchos siglos iba a llenar vivamente la fantasía de los pueblos occidentales y de sus escritores.

Sin embargo, si observamos la actuación de Carlomagno en el Norte y en el Oeste europeos, veremos en el gran franco una actitud básicamente distinta. La moderación, la sabia contención, la promoción del vencido tras su sumisión, todo esto desaparece: Carlomagno es aquí o bien un despiadado aniquilador de sus enemigos, o bien un severísimo soberano que exige un sometimiento incondicional, imponiendo al vencido la forma escogida por él, a costa de la propia existencia de aquél.

Así obra Carlomagno en las guerras contra los sajones y contra los ávaros. Teniendo treinta años emprendió su primera batalla contra los sajones paganos, y teniendo sesenta y dos la última. En estos treinta y dos años no sólo llega a apaciguar y a obligar a bautizarse a un pueblo grande, valiente y belicoso, sino que también llega a diezmarlo, a desparramarlo, a castigarlo con severas leyes, es decir, intenta quebrantarlo. A lo largo de muchos años es Widukind, un príncipe sajón, quien lleva a cabo la resistencia contra Carlomagno. Widukind pertenece a los *Edelingi*, la más alta nobleza; a los que acaudillaba, sin embargo, era a los *Frilingi* —en su mayoría campesinos libres— y a los *Lati* —pertenecientes al estado llano—, que eran gentes de aptitudes políticas y guerreras, mientras que la mayoría de la alta nobleza era partidaria del reino franco ya desde antes de la época de Carlomagno. A causa de estas posturas políticas contrapuestas —que representaban los *Edelingi*, por un lado, y los *Frilingi* y los *Lati*, por otro— aparece una tensión en la sociedad sajona, agravada además por un problema general de los germanos: no en balde Widukind ataca a Carlomagno con ayuda danesa, no en balde huye a refugiarse entre éstos tras ser derrotado por aquél; aparece el peligro de una separación del norte sajón, y con él una división del pueblo germánico: la unión de los sajones a los escandinavos. Esta posibilidad fue, consciente y decididamente, evitada por Carlomagno al ser incorporados los sajones al reino franco y con ello al Cristianismo. En tres años los sajones quedan vencidos. En el 777, el rey de los francos incluso convocó —como ya hemos mencionado— una Dieta en Paderborn, en territorio sajón. Sin embargo, al año siguiente vuelve a atacar Widukind con ayuda danesa. Tras la nueva victoria de Carlomagno, transcurre una pausa de cuatro años. Durante este tiempo, la Constitución Condal franca fue ampliada también para Sajonia. Parece haber entrado en vigor una

administración de carácter pacífico. No obstante, ocurre algo inesperado: al pasar unas tropas francas por tierra sajona, con intención de ayudar a aquellos sajones que se habían incorporado a Franconia y que ahora se veían atacados por eslavos paganos, son asaltadas y aniquiladas en el Süntel por Widukind. De nuevo Carlomagno consigue controlar la situación, y se dispone ahora a acabar de una vez por todas con las sublevaciones; «y como todos declaraban a Widukind culpable de este delito, pero sin poder entregarlo porque había ido a refugiarse entre los normandos, fueron entregados de entre los restantes tantos como 4.500, y en el río Aller, en un lugar llamado Ferdi, fueron todos decapitados el mismo día por orden del rey».

Con esto, al parecer, queda aniquilada la belicosa Jungmannschaft (3) *Frilingi* y *Lati:* en efecto, después de este acto de venganza se dan otra vez algunos años de relativa tranquilidad. Carlomagno incluso celebra la Navidad entre los sajones. Entonces aparece el mismo Widukin, voluntariamente, acompañado de un gran número de sajones de su séquito, en el palacio real franco de Attigny: vienen a bautizarse. A partir de entonces Carlomagno hace valer definitivamente su autoridad en el terreno administrativo: al año siguiente vuelve a reunirse la Dieta en Paderborn y Sajonia adquiere una administración franca dirigida por condes francos. Como reacción, hay todavía siete levantamientos sajones. Finalmente, Carlomagno apela a un último recurso: por medio de un traslado forzoso de diez mil guerreros junto con sus mujeres y niños, destruye la última posibilidad de una oposición armada de los sajones. Reparte estos rebeldes por las Galias y por los territorios germánicos ya pacificados *(multimoda divisione distribuit),* mientras que sus tierras quedan incorporadas definitivamente al reino franco (804).

El ataque al caduco reino ávaro de la cuenca del Danubio fue consecuencia de la anexión de Baviera al reino de Carlomagno, pues los ávaros tenían una alianza con los bávaros y, por tanto, eran enemigos de los francos. Sin embargo, todavía esto no justifica su aniquilación total. Los ávaros, en los primeros momentos de su asentamiento en el Danubio central, resultaban incómodos más bien para Bizancio que para Occidente, cuyos grandes centros nunca fueron atacados. Además, ya desde hacía decenios habían perdido casi por completo su fuerza expansiva. Débiles e inactivos, vivían tras sus defensas fronterizas, comportándose, en estas postrimerías de su historia, de una forma seguramente mucho más pacífica que los diferentes pueblos germánicos de la misma época (Géza Nagy). Pero eran turcos paganos

(3) Término militar, jurídico y etnológico para designar un cuerpo de soldados recién incorporados.—*(N. del T.)*

y jinetes nómadas: sumamente extraños al ámbito europeo por su raza, religión y forma de vida; corría además una leyenda sobre su fantástica fortuna. Así como la frontera en el Elba era una frontera «misionera y contra los infieles» (H. Kämpf) respecto a los eslavos, también el Este requería una frontera de similar dinamismo establecida contra los paganos turcos no sólo ante, sino directamente *sobre* su territorio, que fuese trazada de tal forma que su creación equivaliese a una desintegración de aquel territorio como Patria y Estado de esos paganos turcos. Por tanto, *tenía* que ser destruido el reino ávaro; y el momento que había perdido su baluarte de protección contra Occidente, es decir, contra Baviera, pareció ser el momento apropiado.

En el 791 comienza el ataque concéntrico, dirigido por el mismo Carlomagno y su hijo Pipino, contra el país que una vez había sido la Panonia romana. Esta vez toman en consideración desde un principio lo desconocido del terreno y las medidas militares de este pueblo tan extraño: la amarga experiencia de la primera campaña hispánica había hecho a Carlomagno y a sus capitanes metódicos y conscientes de la estrategia militar. Las victoriosas batallas son seguidas —como cuenta Eginhard— de un baño de sangre tal que Panonia queda desierta, un palacio real *(regia)* del Khagan queda en ruinas, *ut ne vestigium quidem in eo humanae habitationis appareat.* La totalidad de la nobleza ávara es víctima de la matanza. Los francos recuperan «justamente» el tesoro que los ávaros habían «injustamente» robado a otros pueblos. Hasta aquí Eginhard.

Pero el reino ávaro todavía está en pie; su mitad oriental, que pronto adquirirá el nombre de *solitudines Avarorum,* no fue alcanzada durante el primer ataque. Es el corazón del país; es allí donde está la verdadera capital del Khagan, en una especie de isla formada por la confluencia de varios ríos. La *regia* Panonia que Carlomagno destruyó en el 791 estaba probablemente en el punto donde los ríos Rába y Rábca desembocan en el Danubio; la *regia* oriental estaba en el lugar donde el Maros y el Tisza se encuentran. Alrededor de este núcleo interno trazaban los ávaros los nueve círculos de su poderosa defensa, que se ampliaban gradualmente y que los francos llamaban, con una palabra germana antigua, *hring* —Ring, anillo, aro—. Su nombre perdura todavía en algunos pueblos húngaros: Györ —*gyürü*—, anillo. El carácter peculiar de estos «anillos» se explica por el tipo de poblamiento circular de la antigua Hungría —como lo muestra aún hoy la ciudad de Hajduböszörmény en el este de Hungría— y por las «ciudades-jardín» *(kertesváros).* Una fortaleza cercada por ciudades-jardín era la triple capital del Khagan casar en la desembocadura del Volga, según la carta de José, último rey de los casares

(siglo x). Las εννεα κλιματα del reino casar mencionadas por Constantino Porfirogéneto guardan noticia de una ulterior división en nueve de los reinos nómadas. Un sistema parecido de prado, ciudad-jardín y ciudad-palacio de madera rodeado por nueve círculos de defensa, es ahora tomado, saqueado y destruido en las cercanías del Tisza por Pipino, el hijo de Carlomagno (796).

Las fuentes hablan con lenguaje redundante del tesoro que los francos adquirieron como botín en el territorio ávaro. Pero tiene a la fuerza que llamarnos la atención lo vacío de este lenguaje, el que nunca se nos dé una descripción más exacta. *¿Qué* es exactamente el tesoro? Tampoco aparece en todo el Occidente objeto alguno del que pueda asegurarse que proviene del tesoro ávaro de Carlomagno, mientras que el legado arqueológico de la época ávara se conoce con exactitud por las excavaciones llevadas a cabo en Hungría. A excepción de una sola prenda de oro —y ésta procede de Albania— son todas hebillas y puntas de cinturón exquisitamente trabajadas, pero todas de bronce macizo, sin adorno alguno de piedras preciosas ni de plata u oro.

Todo esto, sin embargo, es de poca importancia. Lo que merece ser recalcado de nuevo es el hecho de un plan claramente concebido y llevado a cabo por Carlomagno y su aguerrido hijo, que también esta vez será motivo de la ulterior evolución.

Después de que Pipino tomara la capital de Khagan, hubo una división en el pueblo perseguido. El segundo príncipe, el *jugur,* dirigía un partido a favor de la guerra, y también tenía bajo su influencia al Khagan, al gran-rey. Pero el partido pacífico, el acaudillado por el tercer príncipe, el *tudun,* resultó triunfador (4).

El Khagan y el *jugur* fueron asesinados; el *tudun,* ahora elevado al cargo de khagan, apareció con sus grandes ante Pipino: *cum Tarcanis* (5) *primatibus regem venit adorare,* y lo reconoció como señor suyo y de su país.

El carmen del año 796, panegírico de esta victoria, pone en boca de Pipino las siguientes palabras dirigidas al rey ávaro:

Regna vestra consumata,
ultra non regnavitis;
regna vestra diu longa
Cristianis tradita,
a Pippino demollita
principe catholico!

(4) El significado de estos títulos se explica en parte por la organización casar, y claramente por la húngara del siglo x tal y como se ha conservado, tanto en Constantino Porfirogéneto como en los geógrafos árabes.

(5) *Tarkhan,* originalmente «herrero»; nombre de alto dignatario entre los turcos.

Y el rey sometido le contesta:

Salve princeps,
esto noster dominus!
regnum meum tibi trado
cum festucis et foliis,
silvas, montes atque colles
cum omnibus nascentiis.

A esto exclama el himno de los «fieles cristianos», a quienes «Dios ha dado la victoria sobre el reino huno y sus ejércitos de infieles»:

Vivat vivat rex Pippinus
in timore Domini!

Y tras referirse al joven victorioso, alude al gran anciano de Aquisgrán, y a su *regni sedes principalis:*

avus regnet et senescat
et procreet filios,
qui palatia conservet
in vita et post obitum!

Sólo ahora está redondeado y terminado el imperio; se ha llevado a cabo algo más grande que en tiempos de los antiguos césares:

Qui conclusit regnum grande,
amplum, potentissimum,
quae regna terrae non fecerunt
usque ad diem actenus,
neque Caesar et pagani,
sed divina gratia.

Y con ello la vista pasa del glorioso padre y su glorioso hijo en la tierra, hacia arriba, al eterno Padre y su Hijo en el cielo, cuyo «corregente» *(conregator)* es el rey cristiano, el «triunfador del mundo» *(mundi triunphator)* (6). Otra vez, no la primera ni la última, se confunden sus contornos en la imaginación de los contemporáneos:

Gloria aeterna patri,
gloria sit filio!

La «consumación» del *regnum grande* se manifiesta también en la institución de la Marca panonia, cuyos administradores se llaman

(6) Comparar los dos himnos *Carmen de Pippini regis victoria avarica A. 796* y *De Sancto Karolo,* Apéndice de Einhardi Vita Karoli M., SS rerum German. in usum schol. M. G. H.

ahora *custodes Avarici limitis*. A pesar de todo, esta nueva frontera no coincide con la antigua del reino ávaro. Lo que queda allende el Danubio central y que ahora, tras la gran devastación del 796, se ha vuelto el *solitudines Avarorum* (Regino, a. a. 889), queda abandonado a la decadencia y a la total desolación; también aquí se toma como frontera el gran río. Por un lado, la mitad occidental de la cuenca del Danubio —la antigua Panonia romana, la futura Hungría Occidental— y, por otro lado, el territorio de los carantanos, eslovacos y croatas —pertenecientes a la Marca friáulica—, llegan así a formar parte de Occidente. El territorio occidental-cristiano de Europa frente a Oriente termina de hecho, aun hoy, en estas regiones y los pueblos que las habitan.

Es sólo a través del sometimiento de los sajones y por la guerra contra los ávaros como surge el *Imperio* —como el mismo vencedor hizo saber al Papa Adriano I—; el imperio que entonces, y sólo entonces, era idéntico con Europa, el *regnum Europae*, reconocido como tal también por los contemporáneos. Hemos presenciado una división del mundo germano lo que luego será lo alemán se limita al sur de la Alemania de hoy; por otro lado quedan los sajones, cuya anexión a la Escandinavia pagana —que seguía amenazando constantemente a la Germania cristiana— fue evitada por la incorporación de Sajonia al Imperio de Carlomagno. Vimos también la eliminación de la posible amenaza de un pueblo pagano en el corazón del continente, por medio de la destrucción del reino ávaro y la reconquista de su mitad oriental para el Oeste «romano» de Europa. «Que el Rey Supremo proteja y amplíe el reino de la Santa Iglesia.» Con esto entra el mismo Jesucristo en los acontecimientos terrenales: su *conregator*, el «rey supremo» en la tierra, demuestra la tesis de la *defensio ecclesiae* a través de los grandes ejemplos de la conversión de sajones y ávaros. En el 796 termina la fase decisiva de las guerras ávaras; en el 797, la de las guerras sajonas; en la Navidad del 800 tiene lugar la coronación de Carlomagno, y estos significativos acontecimientos sientan las bases del futuro: al vencedor de los paganos le corresponde en el reino occidental la corona del «rey supremo» —en cierto modo, como agradecimiento de la *Ecclesia* defendida: en paralelas circunstancias, tras el rechazo definitivo de la Hungría pagana, está en condiciones Otón el grande —aclamado ya por sus guerreros como *imperator* en Lechfeld, tras la batalla contra los húngaros— de recibir el título de emperador; después que Esteban de Hungría pone fin al peligro pagano en su propio país, le es mandada de Roma la corona real.

9

Sería posible comparar la situación y actitud de los sajones durante los tiempos de la expansión franca con las de las tribus germánicas a través de los siglos de dominación romana (O. Höfler). Desde la batalla de Varus, las tribus pacíficas de Germania se vieron amenazadas por la ofensiva romana, de la misma manera que, cientos de años más tarde, los sajones se vieron amenazados por la ofensiva franca. También en época de los romanos había tribus o fracciones de tribus germánicas que se habían sometido al Imperio, igual que lo hicieran luego Ostfalia al reino de los Carolingios. Pero la mayoría de las tribus, en ambos cásos, tomó las armas para defender su libertad. Como resultado de su resistencia se desarrolló entre los germanos de la época romana una especie de «disposición constante para las armas». Su existencia es «la razón sociológica por la cual Wodan llegó a adquirir supremacía sobre el antiguo dios de los cielos». Las luchas defensivas de los sajones, que comienzan alrededor del 700 y que a partir del 772 toman cada vez mayor fuerza, crean también esa constante disposición a las armas entre la Jungmanschaft (7), esta vez los *Frilingi* y los *Lati*. Es esta resistencia la que encuentra luego su cabeza política y militar en la persona del duque de Westfalia, Widukind.

El *Irminsul* es el símbolo religioso de su revolución. A nivel social, hay una sublevación de los campesinos libres y del estado llano contra la república aristocrática de la alta nobleza; en terreno religioso se da un estado de transición comparable a los primeros años de la época de Teodorico el Grande.

El Irminsul es una inmensa herma del *irmingot*, del dios Wodan, al que desde los tiempos de Tácito se compara con Mercurio. Widukind representa a Wodan, así como sus tropas que, llevadas por la «ira» habían matado en el Süntel a todo el destacamiento franco, representaban al «tropel salvaje» de este dios. Por eso Widukind es también *Heerkönig* (literalmente «rey de huestes». N. del T.) en el más antiguo sentido de la palabra: el *hariloking* de la «caza infernal».

Aún hoy se sabe cómo se formaban estos tropeles, constituidos por saqueadores y asesinos; también se sabe cuándo atacaban y por qué medios vencían. Luciano, en su *Toxaris*, pone en boca de este escita una narración del ritual, por medio del cual un joven valiente se creaba un séquito: «El hombre que quiera conseguir personas que le sigan, sacrifica un toro, cuece la carne, extiende su pellejo sobre el suelo y se sienta sobre él... Se sirve la carne del toro, y tan pronto

(7) Véase nota p. 6.

como se acerquen los parientes de aquel hombre y todos los demás que así lo deseen, toma cada uno una porción de la carne, pone su pie derecho sobre el pellejo y promete algo según sus posibilidades; uno, que dará cinco jinetes...; otro, aún más; otros soldados a pie, con armas pesadas o ligeras, tantos como pueda, y aun otro, si es muy pobre, sencillamente a sí mismo.» Entonces serán escogidas las noches más oscuras para el ataque. «Negros son los escudos, pintados los cuerpos..., infunden miedo ya sólo por la impresión y la oscuridad; ningún enemigo soporta la visión desacostumbrada e infernal, pues en cada batalla son vencidos primero los ojos» (Tácito).

Tal es el tipo de desafío al que el gran franco contesta con la destrucción del Irminsul y más tarde con la ejecución de los combatientes en el Süntel, con la aniquilación de toda la Jungmanschaft (8) de los sajones sublevados a los que pudo capturar. Widukind, el *Heerkönig*, continúa su lucha contra el rey de los francos durante tres años; y después aparece —voluntariamente— y se hace bautizar.

El ejemplo del rey godo aclara el sentido intrínseco de la historia de los sajones y de su dirigente.

El linaje real godo, los Amalos, deriva su descendencia de Gapt (Gaut); es decir, de Dios. Sus miembros eran *semidei, id est Ansi* y no *puri homines, informa Jordanes* (Get. XIII. 78). *Ansi* son los Asen, el linaje divino (O. Höfler). El gran rey godo del siglo IV, Hermenerico, llevaba en el suyo el nombre del *irmingot*. La leyenda rezaba así: Teodorico, el último de estos *Ansi*, no ha muerto, sigue viviendo como cazador salvaje, acaudillando el «tropel salvaje», es decir, ocupa el papel mítico de su antepasado, del dios Wodan.

Sin embargo, el papel mítico que le fue otorgado en la tardía leyenda ya le caracterizaba durante su propia vida.

El joven Amalo volvió a las tierras godas de Panonia después de los años pasados en Bizancio como rehén tras la muerte de Walamir, su tío reinante. Los godos proclamaron como nuevo rey a su padre, Teodomiro. Al mismo tiempo —como cuenta Jordanes— el joven príncipe llegó al punto de cristalización de su *amatores clientesque:* los jóvenes se agruparon en torno suyo y lo eligieron su Heerkönig. Un procedimiento que, después de la descripción de Toxaris que hemos visto, podemos fácilmente imaginarnos. Con ello, las fuerzas en fermentación de la Jungmanschaft adquirieron de pronto una dirección: como terrible tropa salvaje apareció en las provincias balcánicas del Imperio Romano de Oriente el ejército godo, bajo el mando de su joven *hariloking*. Estas «huestes de la muerte» causaron un pánico tal que imposibilitaron todo tipo de resistencia. Al joven rey no se le podía

(8) Véase nota p. 6.

ni frenar ni vencer, y escapaba junto con los suyos de las trampas más inteligentes y astutas. En medio de todo esto supo arreglárselas para que se erigiera un monumento a su fama: el *basileus* se vio obligado a levantar, ante el *Palatium* de Constantinopla, una estatua al mayor saqueador de su imperio. Realmente, Teodorico se comportó como asesino y ladrón en estos años de arrebatada juventud. A sus enemigos los mataba él personalmente, y no en un duelo caballeresco: al último y más grande de ellos, a Odoacro, lo asesinó estando éste invitado a su propia mesa.

Pero parece como si con esto agotase los elementos oscuros de su ser. No se sintió impulsado a ir a Bizancio en son de reconciliación, como Widukind a Attingy, pues él era internamente lo que expresaba el título que él mismo se puso: Theodericur *rex*. Del cazador salvaje, del dirigente de un ejército que causaba la muerte y la miseria, surgió —en la segunda mitad de su vida— el otro tipo de gobernante, el conductor del mundo.

Y como tal lo reconoció Carlomagno, el *otro* conductor del mundo de sangre germana, que después de él se hizo dueño de la escena mundial, y que lo eligió como antepasado simbólico.

Por parte de Carlomagno, este descubrimiento de su afinidad con el gran Amalo es totalmente consciente. Después de su coronación imperial, en el umbral de los sesenta años, también en él se da un cambio, aunque de aspecto muy distinto al del gran ostrogodo —pues se trata de personas y épocas diferentes—, pero que coincidía en lo esencial de tal forma con la situación de Teodorico, que le llamó la atención al mismo Carlomagno.

¿Qué fue, pues, lo que causó el gran cambio en la forma de vida del rey godo? En vez del andar vagando, el asentamiento; en vez del pillaje y la matanza, orden y ley; en vez de la tiranía terrorífica de sus «jóvenes huestes demoníaco-geniales», el equilibrio de la paz y la humanidad; en vez de una soberanía despótica, la consideración de la libertad de credo, tanto para sus súbditos germanos como para sus súbditos romanos.

En el año 801, después de su coronación, Carlomagno atraviesa Rávena, la antigua capital de Teodorico, camino a *su* segunda Roma, Aquisgrán. Ahora no es sólo el emperador cristiano-romano, sino también el *dominus rerum*, cuyo papel de conductor del mundo —como ya se ha visto— llegó a ser idéntico —incluso con una intercambiabilidad mítico-popular de los papeles— con el del «Rey Supremo» celestial.

A pesar de todo, nunca tuvo una actitud de rechazo hacia la tradición germánica, si bien le hacía frente con decisión siempre que

creciese de tal manera que pusiese en peligro el equilibrio de la estructura histórica por él lograda, como lo muestra la destrucción de la herma de los sajones y la matanza de Ferdi. A pesar de ello escuchaba con interés las narraciones del pasado pagano, y aún más, mandó registrar y guardar las *barbara et antiquissima carmina quibus veterum regum actus et bella canebantur.* Y uno de estos *veteres reges* de los que hablaba la leyenda era precisamente Teodorico el godo.

Todo esto—igual que su visita a Rávena—sucede *post susceptum imperiale nomen,* como subraya Eginhard. Ya antes había mandado llevar columnas y otros objetos arquitectónicos desde Rávena al Norte; ahora sucede algo más importante: debe construirse en Aquisgrán la Capilla Palatina teniendo como modelo el San Vitale de Rávena; al mismo tiempo se lleva consigo la estatua ecuestre de Teodorico el Grande, que estaba ante su *Palatium* de Rávena y que de ahora en adelante estará —como antaño estuvo otra estatua suya ante el palacio imperial de Bizancio— ante el Palacio Imperial de Carlomagno, en Aquisgrán.

Fue un acto simbólico de elección de un antepasado; es decir, Carlomagno vio en la persona de Teodorico el principio de aquel período histórico cuyo final representaba él mismo. En aquel caso sucedió por primera vez que un *rex gentium* fuera dueño de Italia y de Roma, dueño no en el sentido de un salvaje conquistador bárbaro, sino en el de un dualismo ejemplar entre lo godo y lo romano. De la misma forma se daba ahora, en el imperio de Carlomagno un equilibrio franco-lombardo y romano-itálico. El primer reino en Occidente —como decía ya Casiodoro en la *Variae*— que llegó a ser un «Imperium», tal —al lado del otro de Oriente en Bizancio— fue el reino ostrogodo de Teodorico, cuyo soberano era *Gothorum Romanorumque regnator;* es decir, poseedor del *regnum gentis sui et Romani populi principatum,* como Carlomagno. Así se expresó el cronista godo Jordanes, cuya obra —significativamente— pidió Alcuino a Angilberto, precisamente en el año 801 (H. Löwe).

Es testimonio de una independencia de pensamiento poco corriente el que Carlomagno —a fin de cuentas *imperator orthodoxus*— no sólo se atreviera a entusiasmarse por las *antiquissima carmina* de la *lingua theodisca,* sino también a elegir de entre el pasado germánico, como antepasado mítico, a aquel que sobrevivía en la saga como Wodan, que sobre un caballo que escupe llamas —según otra tradición es él mismo quien lanza llamas— desciende a los *deserta* de Romania e incluso a los infiernos mismos para luchar allí eternamente contra el dragón.

Lo mítico y simbólicamente correcto de su elección lo demuestra,

sin embargo, la leyenda que se había formado alrededor de su propia persona: los germanos sobre los cuales reinaba, reconocieron su identificación con el rey celestial Wodan, como en el caso de Teodorico. En la imaginación del pueblo, el carro celeste (la Osa Mayor) es tanto el carro de Wodan como el de Carlomagno; y también *Wuotans wec,* la vía láctea, llegó a ser la vía de Carlomagno. Tanto Wodan como Carlomagno son los jinetes blancos que llegan cabalgando sobre un rocín blanco. Al pie del monte Odin obtuvo Carlomagno la victoria que había alcanzado allí mismo Wodan, para, después de la batalla, *ire in montem* con sus gigantes, pero no sin antes haber prometido volver a aparecer o cada siete o cada cien años. También así reaparece Teodorico: todavía fue visto en el año 1197 cerca del Mosela; y en la tradición húngara es designado como el «inmortal» *(haláltalan).* Y así como Teodorico ocupa el lugar del Cazador Salvaje, Carlomagno toma el de Wodan en el Tropel Salvaje. En el *Asgardreid,* la cabalgata de Asgard, iba Wodan a la cabeza como lúcido rey celestial; esta imagen arcaica del *Heerkönig* germánico es vivida en la Edad Media occidental-cristiana siempre de nuevo como «repetición solemne», como «retorno mítico», por el rey «errabundo», el rey «cuya residencia es la silla de montar». Epocas mucho más tardías reconocían aún, tras el prototipo que sigue siendo todavía hoy para la realidad histórica ese «imperio renacentista y sacerdocio real» de Carlomagno, al «*Heerkönig* germánico que cabalga desde el Ebro al Elba, hacia Roma y Constantinopla y Jerusalén, con el sombrero del «Caminante» en vez de la extravagante corona...» (A. Dempf).

Y era la estatua ecuestre de otro «Caminante» la que ahora se levantaba en la «nueva Roma» de Carlomagno. Pero este descendiente del viejo dios era —en lo que concierne a su realidad histórica— mucho peor que un pagano: era un hereje cuyo retorno del infierno era esperado por el pueblo adonde había sido condenado por la ley sacerdotal imperante. Pero «la antigüedad no considera... muertas las imágenes, sino impregnadas de la vida de la deidad» (J. Grimm). La imagen tenía una fuerza mágica y Carlomagno lo sabía: no en balde, por un lado, tomó parte en la lucha por la imagen que sostuvo Occidente contra Bizancio, no en balde, por otro lado, mandó destruir el Irminsul en la vieja Germania. Se conocen piedras de Crimhilda, piedras de Brunhilda, columnas de Rolando; estatuas de héroes eran dirigidas en las plazas públicas, «y habían sido idolatradas». El viejo emperador tenía por tanto clara conciencia de las fuerzas que invocaba cuando ponía ante su palacio imperial la estatua del «Wolfdietrich» (Teodorico lobuno, N. del T.). En los muy singulares años postreros de su vida concretó aún más esta «opción por un antepasado», no sólo

como una especie de representación mágico-mítica de ese antepasado, que lo ligaba a Teodorico, a Hermenerico, e incluso a los mismos dioses paganos, sino también como una especie de incorporación a la estirpe de los mismos.

Igual que su abuelo había hecho adoptar a su padre por el rey Liutprando «para traspasar la gloria real lombarda al linaje de los carolingios», así Carlomagno invocó para sí y para su familia la magia de los Amalos y del último y más grande de su casta.

Después de la muerte de su última mujer, Carlomagno tuvo cuatro concubinas. Cada una de ellas le dio hijos. Uno de estos hijos ilegítimos se llamaba Teodorico, otro Hugo. Se ha señalado que tras el nombre Hugo se adivina el de Hugdietrich, y tras éste, el «Teodorico Strabo, un adversario ocasional» de Teodorico el Grande (H. Löwe). La imposición de estos nombres refleja la mencionada incorporación a la estirpe. Al parecer era la saga de «Wolfdietrich» la que en estos años interesaba a Carlomagno: a través de ella se sintió atraído a las *barbara et antiquissima carmina;* un reflejo de ello son todavía esos nombres de dos de sus hijos.

10

Al mismo tiempo, y precisamente por la mencionada elección de estirpe y antepasado, se perfila en los últimos años de la vida de Carlomagno una nueva imagen del gobernante. Tanto para él como para el norte germánico es una figura totalmente nueva. Sobrepasa a la antigua imagen del rey y demuestra ser mucho más importante para el futuro que aquélla. Representa una actitud diametralmente opuesta a la del rey errabundo: la del gobernante entronizado.

Muchas veces se ha puesto en duda la autenticidad del relato sobre la apertura de la sepultura de Carlomagno por Otón III, a pesar de que está citado por un contemporáneo siempre bien informado, por Thietmar de Merseburg. Lo que más extraña en la descripción de la otra fuente, *Chronicon Novaliciense* (III.32)—que aunque es medio siglo posterior a la otra, se basa en la narración de un testigo ocular, Otto Conde de Lomello, Protoespatario de Otón III—, es el hecho de que encontraran el cuerpo de Carlomagno no acostado en la tumba, sino erguido sobre una silla, «como si aún viviese». Sobre la cabeza llevaba la corona, en su mano enguantada el cetro y por encima de su cabeza se abovedaba un tabernáculo hecho en bronce y mármol.

Lo que no se ha notado es que el relato—sea o no fiel a la realidad—quiere expresar una imagen más profunda: la imagen de Carlomagno,

el *emperador*, que perseveraba en el recuerdo de su pueblo. Así había estado él sentado, todavía en vida, erguido, con la corona y el cetro, en el grande y alto trono de piedra de su catedral; así estaba representado en las pinturas de su sepulcro en la capilla palatina de Aquisgrán, también bajo una especie de *Uraniskos*, «una bóveda dorada»; asimismo debía estar también en las profundidades de su sepulcro, esperando el fin del mundo para reaparecer; así reza tanto la leyenda germánica como la tradición alemana sobre, por un lado, Wodan «dormido en las profundidades del monte», y, por otro lado, sobre Federico Barbarroja, Federico II e incluso sobre Carlos V, pero sobre todo sobre Carlomagno.

Otra dirección de la tradición que desemboca en la misma representación se expresa a través de las descripciones de los emperadores cristiano-occidentales.

Tanto el nieto de Carlomagno, el emperador Carlos el Calvo, en el *Codex Aureus* de San Emmeram, como su bisnieto, el emperador Carlos III (¿o Carlos II?) en la Biblia de San Calixto en San Pablo Extramuros de Roma, están representados entronizados, el primero bajo un pesado tabernáculo, que en la representación del segundo queda un poco disminuido. La actitud de ambos es similar a la que tenía su abuelo en el sepulcro cuando el joven emperador Otón III, que lo había elegido como antepasado, entró a verlo sintiendo «un profundo estremecimiento».

Naturalmente, estas representaciones —tanto el motivo del tabernáculo como el del entronamiento— provienen del arte imperial de la antigüedad: otra vez —como tan a menudo— se aferran al modelo visual con una gran fidelidad formal, en la que luego se van perdiendo paulatinamente las perspectivas del antiguo modelo, y la imagen va llenándose con contenidos medievales. La figura entronizada era la que mostraba con mayor claridad la realeza del rey, por lo que desde fines del siglo X llega a ser *la* forma de representar al rey, utilizada en los grandes sellos reales durante toda la Edad Media cristiano-occidental. No es una casualidad que este motivo haya sido introducido por Otón III y además en el año 997, es decir, en una época en que también las representaciones pictóricas del emperador usan con preferencia del motivo del entronamiento (P. E. Schramm).

A Carlomagno —que de acuerdo con su origen y con su papel de gobernante era uno de esos reyes caminantes «cuya residencia era la silla de montar»— le parecía importante ligarse también al otro arquetipo de gobernante europeo, el del emperador entronizado, que estaba presente tanto en la tradición imperial como en la bíblica. El que Otón III y sus contemporáneos lo imaginasen precisamente bajo esa

forma, demuestra lo profundamente arraigada que estaba esta imagen en la época, esperando el momento oportuno para resurgir. Y ese momento llegó el año del segundo centenario de la primera coronación imperial, acontecimiento que también puso fin al primer milenio.

Vimos cómo después de la conquista de Rávena, Teodorico abandonó su vida errante: utilizó la ciudad residencial del último emperador del imperio romano occidental como centro seguro, desde el cual ahora gobernaba. El trono, en lugar de la silla de montar, correspondía a una nueva situación mundial, precisamente la del soberano que administra el reino desde un centro. Una nueva semejanza con la divinidad ocupa el lugar de la antigua: Dios Padre está entronizado así en el centro del universo, y juzga y dispone sobre el destino del mundo desde su inmovilidad majestuosa. También ésta es una imagen arcaica: la de una majestad serena que impera sobre el mundo, la del *deus otiosus*. Ya el antiguo poeta sajón representó a Cristo en la Ascensión sentado en un trono: desde allí veía todo, divisaba el agitado mundo (J. Grimm), como Carlomagno desde su trono en Aquisgrán.

Algunos investigadores modernos se inclinan a considerar precisamente los últimos decenios de la vida de Carlomagno en Aquisgrán como un «cierto debilitamiento», «une décomposition». Desde el 800, el emperador es viudo; el plan de matrimonio con Irene no se lleva a cabo: la increíble vitalidad busca otros medios para satisfacerse. Un grupo de concubinas y bastardos rodea al viejo soberano. Después de su muerte, su beato hijo, Luis, «limpiará la corte de todos los elementos inmorales» —como se ha expresado un historiador moderno—, con lo cual ésta se convertirá en un lugar muerto y lleno de temor ultraterreno; pero todavía en los últimos años de la vida de Carlomagno es un lugar exuberante de vida.

Al anciano —*corpore... amplo et robusto, statura eminenti... facie laeta et hilari*— le gusta estar rodeado de sus familiares: hijos y amigos. Nunca come solo. A ser posible, deben rodearle todos sus descendientes mientras come: todas sus hijas, las cinco hijas de su difunto hijo Pipino —el conquistador de los ávaros—, y además sus hijos ilegítimos: «Jugend versteht, der in die welt geblickt —Und es neigen die Weisen— Oft am Ende zu Schönen sich.»

Le agrada mucho conversar y bromear con la juventud que le rodea, o ver si no junto con ellos a los juglares, o escuchar al que leía durante la cena. *Legebantur ei historiae et antiquorum res gestae*, o la *Civitas Dei* de San Agustín, por el cual el viejo monarca sentía predilección.

Después de haber comido bien, pero con mesura, *rarum plus quam*

ter biberet, se acuesta, durante dos o tres horas, desnudo para que el cuerpo pueda refrescarse y descansar completamente, como durante la noche. Luego, la tarde está ocupada —cuando lo permiten los cuidados del imperio— por los «juegos serios» de las artes liberales. Aprende regularmente gramática, dialéctica, retórica, *ars computandi* y astronomía. Más tarde, en la quietud de alguna despejada noche de verano, *intentione sagaci siderum cursum curiosissime rimabatur*. Después de pocas horas de sueño reparador, celebra una audiencia para decidir personalmente sobre las cuestiones que su conde palatino *sine eius iussu definiri non potest*. Más tarde sale a caballo para cazar o para nadar, pues las Ardenas están cerca y ofrecen caza abundante, mientras que los baños calientes de la *urbs aquensis* son una cura para el cuerpo y un refrescamiento para la mente aún vigorosa de este anciano. Aquí también han de seguirle todos: hijos e hijas, los *optimates* de la corte, sus amigos, incluso la guardia de palacio, «cien personas o más» le acompañan a los baños y a nadar. Y cuando en estos años tiene todavía que viajar, también va con él toda la corte: los hijos cabalgan junto al viejo padre, les siguen en larga fila las hijas y nietas —probablemente en carruajes—. Las quiere mucho a estas hijas, *cum pulcherrimae essent*y no puede decidirse a casarlas: *omnes secum usque ad obitum suum in domo sua retinuit*. En el egoísmo ingenuo y sincero de la vejez, él mismo dice que no puede pasarse sin su compañía *(dicens se earum contubernio carere non posse)*. Ellas siguen, naturalmente, el impulso de la sangre, y llegan a ser amantes de los cortesanos y clérigos de la corte de su padre; precisamente a través de sus hijos y nietos comienza paulatinamente a extenderse ilimitadamente la gran corriente de la descendencia del primer emperador, por lo que el genealogista moderno puede decir sin exageración: «Se puede afirmar hoy día sobre cualquier europeo que pueda seguir su árbol genealógico más o menos sin interrupción hasta el siglo XVI, que podría derivarse su origen... del padre de Occidente.» La cuestión no es —añade— la de si todo europeo desciende de él, sino la de «*cómo* se puede corroborar esto incontrovertiblemente» (O. Forst de Battaglia).

Carlomagno llega así a ser el patriarca de Europa, no sólo en un sentido histórico-espiritual, sino incluso en un sentido biológico. Y este es su último legado, tanto para su propia época como para toda la posteridad: la acentuación de los «dados vitales» de la existencia, mientras que su adversario en dominio y dignidad —la soberana de Oriente con su corte de monjes y eunucos, Irene, que al dar muerte a su único hijo, se entregó también ella misma a la destrucción— representa el «lado de la muerte». Y es en este contexto cuando cobra toda su lúcida majestad la figura del *sanctus pater Karolus*. Involuntaria-

mente, la atención pasa una vez más de este patriarca al padre del universo. Igual que sus contemporáneos, Carlomagno se percata de la última y mayor posibilidad de su paternalidad del mundo, y con el gran gesto que le es peculiar la aprovecha para su supremacía universal. Se siente *vicarius dei* y comprende ahora su función como la del *caput ecclesiae*. La forma de expresión en sus leyes y documentos va adquiriendo una especie de «pathos» excitado. *Eloquentia copiosus et exuberans* predica Carlomagno en su iglesia, como un *sacerdos magnus*, llenando también así el papel de maestro universal del «rey supremo», al que él representa en la tierra. Y allí, en su iglesia, que es el centro de su *nova Roma*, está también su trono.

Una «concepción político-sacral» se esconde en la apariencia y colocación de este trono imperial. Seis escalones llevan a él, como en el trono de Salomón; está más alto que los asientos de los obispos, por encima de las cabezas del pueblo y de sus nobles, incluso sobre el altar mayor; sólo queda más alto que él el gran mosaico que representa al Salvador con los veinticuatro ancianos del Apocalipsis. Así se logra y afirma en el joven mundo cristiano un nuevo e inaudito grado de dignidad real, que en comparación con la forma antigua de soberano errabundo y demoníaco con arrebatada y tempestuosa omnipresencia, representa una postura estática, parecida al Dios que descansa en sí mismo, al Dios que ha dado fin a la creación.

MIGUEL DE FERDINANDY
Universidad de Puerto Rico
Río PIEDRAS (P. RICO)

BIBLIOGRAFIA

FRANZ ALTHEIM: *Niedergang der Altem Welt*, I-II. Frankfurt a.M., 1952.

PEDRO AGUADO BLEYE: *Manual de Historia de España*, 7.ª ed., tomo I. Madrid, 1954.

M. V. ANASTOS: «Iconoclasm and Imperial Rule», en *The Cambridge Medieval History*, vol. IV. Cambridge, 1966.

JOHAN JAKOB BACHOFEN: *Das Mutterrecht*, tomos I-II. Basilea, 1948.

HEINRICH BÜTTNER: «Aus den Anfängen des abendländischen Staatsgedankens», en *Vorträge und Forschungen*, tomo III. Lindau y Konstanz, 1956.

HELMUT BEUMANN: «Zur Entwicklung transpersonaler Staatsvorstellungen», en *Vorträge und Forschungen*, tomo III. Lindau y Konstanz, 1956.

DONALD BULLOUGH: *The Afe of Charlemagne*. Londres, 1965.

ERNST BENZ: *Geist und Leben der Ostkirche*. Hamburgo, 1957.

— *Chronicon Novaleciense*, III, 32, M. G. H., SS VII, 73-133.

PETER CLASSEN: «Romanum gubernans imperium», en *Deutsches Archiv für Erforschung des Mittelalters*, IX, 1. Münster-Köln, 1951.

FRANZ DÖLGER: *Byzanz und die europäische Staatenwelt*. Ettal, 1953.

J. J. I. v. Döllinger: *Die Papst-Fabeln des Mittelalters*. Munich, 1863.
Alois Dempf: *Sacrum Imperium*, 2.ª ed. Darmstadt, 1954.
F. Dvornik: «Constantinople and Rome», en *The Cambr. Medieval Hist.*, tomo IV.
Charles Diehl: *Figures Byzantines*, 13 ed. París, 1948, tomo I.
Einhardi: *Vita Karoli Magni*, SS rer. German. in usum schol, 6.ª ed. Hannover Lipsia, 1911.
Eugen Ewig: «Zum Christlichen Königsgedanken im Frühmittelalter», en *Vortr. und Forsch*, tomo III.
Leo Froblnius: *Schicksalskunde*. Weimar, 1938.
Miguel de Ferdinandy: Adatok a magyar egyháztörténet elso fejezetéhez: A kazarok és ómagyarok vallási viszonyai (datos para el primer capítulo de la historia eclesiástica húngara: las condiciones religiosas de los casar y de los antiguos húngaros), en *Regnum Egyháztörténeti Évkönyv 1940-41* (Anuario de historia eclesiástica). Budapest, 1941.
— *Tschingis Khan*. Hamburgo, 1958.
— *En torno al pensar histórico*, tomos I-II. Río Piedras, 1961.
— *El emperador Carlos V, semblanza de un hombre*. Río Piedras, 1964.
— «Carnaval y Revolución», en *Revista de Occidente*. Madrid, julio 1965.
— *Historia de Hungría*. Madrid, 1967.
Nándor Fettich: «Die Metallkunst der landnehmenden Ungarn, Textbd. und Tafelband», en *Archaeologia Hungarica*, tomos XX-XXI. Budapest, 1937.
Otto Forst de Battaglia: *Wissenschaftliche Genealogie*. Berna, 1948.
François Ganshof: «La fin du règne de Charlemagne, une décomposition», en *Zeitschrift für schweizerische Geschichte*, tomo 28, fasc. 4, 1948.
Manuel García Pelayo: *El reino de Dios, arquetipo político*. Madrid, 1959.
Ferdinand Gregorovius: *Geschichte der Stadt Rom im Mittelalter*. Basilea-Stuttgart, 1953, tomo I.
Jakob Grimm: *Deutsche Mythologie*. Viena-Leipzig, 1939.
Louis Halphen: *Carlomagno y el imperio carolingio*, trad. cast. México, 1955.
Jean Hubaux: *Rome et Véies*. París, 1958.
Otto Höfler: «Der Sakralcharakter des germanischen Königtums», en *Vortr. und Forsch*, tomo III.
Friedrich Kempf: «Das mittelalterliche Kaisertum», *ibidem*.
Hellmut Kämpf: *Das Reich im Mittelalter*. Stuttgart, 1950.
Ernst H. Kantorowitz: *The King's Two Bodies*. Princeton, 1957.
Paul Kirn: «Das Abendland vom Ausgang der Antike bis zum Zerfall des karolingischen Reiches», en *Propyläen Weltgeschichte*, tomo III. Berlín, 1932.
Carlos Kerényi: *Töchter der Sonne*. Zurich, 1944.
Gyula László: *A honfoglaló magyar nép élete* (La vida del pueblo conquistador magiar). Budapest, 1944.
Heinz Löwe: *Von Theoderich dem Grossen zu Karl dem Grossen*. Darmstadt, 1956.
Walther Lammers: «Die Stammesbildung bei den Sachsen», en *Westfälische Forschungen*, tomo X. Colonia-Graz, 1957.
Henrik Marczali: «A vézerek hora és a királyság megalapitása» (La época de los caudillos y el establecimiento de la monarquía), en *Sándor Szilágyi: A magyar nemzet története* (La hist. de la nación húngara), tomo I. Budapest, 1895.
Theodor Mayer: «Staatsauffassung in der Karolingerzeit», en *Vort. und Forsch.*, tomo III.

GÉZA NAGY: «Magyarország története a népvándorlás korában» (La historia de Hungría durante la invasión de los bárbaros), en *Sándor Szilágyi: A magyar nemzet története.*

HANS NAUMANN: «Deutsches Dichten und Denken von der germanischen bis zur staufischen Zeit», en *Göschen,* tomo 1.121, 2.ª ed. Berlín, 1952.

PAUSANIAS: *Descripción de Grecia,* trad. de Antonio Tovar. Valladolid, 1946.

P. E. SCHRAMM: *Die deutschen Kaiser und Könige in Bilden ihrer Zeit,* parte I, 751-1.152. Leipzig, 1928.

— *Kaiser, Rom und Renovatio,* 2.ª ed. Darmstadt, 1957.

HERMANN SCHNEIDER: «Erühgermanische Geisteskultur», en *Historia Mundi,* tomo V. Berna, 1956.

P. CORNELIUS TACITUS: *De origine, situ, moribus ac populis Germanorum.*

THEOPHANES: «Weltchronik», trad. alemana de L. Breyer, en *Byzantinische Geschichtschreiber,* tomo VI. Graz-Viena-Colonia, 1957.

THIETMAR VON MERSEBURG: *Chrònicon,* III, 29, M. G. H. SS III.

AMADÉ THIERRY: *Attila mondák* (Leyendas sobre Atila), última parte de *Thierry Histoire d'Attila et de ses successeurs,* trad. húngara de Károly Szabó. Budapest, 1864.

GEORGE VERNADSKY: «Der sarmatische Hintergrund der germanischen Völkerwanderung», en *Saeculum,* tomo XI, 3.

SZABOLCS DE VAJAY: «A propos de l'ascendance Carolingienne», en *Armas e Troféus,* tomo VII, 3, oct.-dic. 1966.

Widukindi Mon. Corb. rerum Gestar. Saxonicarum Libri III., SS rerum German. in usum schol. ex M. G. H. separ. editi, 5.ª ed. Hannover, 1935